

Espanoles sobre todo

4319

18727

ESPAÑOLES SOBRE TODO.

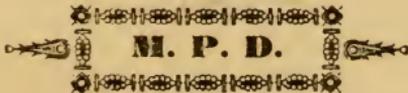
Drama original y en verso

EN CUATRO ACTOS.

SU AUTOR

DON EUSEBIO ASQUERINO.

Este drama ha sido aprobado para su representacion por la Junta de censura.de los teatros del Reino en 8 de Mayo de 1849.



MADRID.

IMPRENTA DE DON CIPRIANO LOPEZ.

Cava-baja, n.º 49, bajo.

Mayo 1857.

PERSONAS.

ACTORES.

La princesa de los Ursinos.	<i>D.^a Bárbara Lamadrid.</i>
María.	<i>D.^a Teodora Lamadrid.</i>
Conde de Montellano.	<i>D. Pedro Sobrado.</i>
Ricardo.	<i>D. Francisco Lumbreras.</i>
Amelot, <i>embajador de</i> } <i>Francia.</i> }	<i>D. Pedro Lopez.</i>
Don Pedro Colon.	<i>D. Guillermo Moureal.</i>
Diego Mendoza.	<i>D. Juan Lombía.</i>
Cortesianos.	{ 1. ^o 2. ^o 3. ^o 4. ^o
Isabel.	
Un gentil-hombre.	
Garcés. . . }	<i>Escuderos.</i>
Jorge. . . }	
Un capitán.	
Cortesianos, guardias.	

La acción pasa en Madrid á principios del siglo 18.

Este drama pertenece á la Galería Dramática, que comprende los teatros moderno, antiguo español y extranjero, y es propiedad en el todo de su editor *Don Manuel Pedro Delgado*, quien perseguirá ante la ley, para que se le apliquen las penas que marca la misma, al que sin su permiso le reimprima ó represente en algun teatro del Reino, ó en los Liceos y demás Sociedades sostenidas por suscripción de los Socios, con arreglo á la ley de 10 de Junio de 1847, y decreto Orgánico de teatros de 28 de Julio de 1852.

Al Sr. D. Juan Lombía.

Habiendo escrito para usted uno de los principales papeles de este drama, tiene una particular complacencia en dedicárselo

su amigo

EL AUTOR.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un elegante salon gótico adornado lujosamente con muebles de la época. En el fondo un oratorio, en el cual se ve un altar con la imágen de la Virgen. A los dos lados del oratorio dos escudos de armas : á la derecha una puerta secreta disimulada. Puertas laterales al salon. Inmediata á la de la derecha del espectador una ventana. La luz de una lámpara iluminará el oratorio.

ESCENA PRIMERA.

(Al levantarse el telon aparece María orando ante la imágen de la Virgen. Se oyen á lo lejos las voces del pueblo victoreando á Felipe V, mezcladas con los sonidos de la música militar.)

MARÍA.

Oh! qué mal suena en mi oído
la popular alegría,
cuando el pecho dolorido
por triste recuerdo herido
le devora la agonía!
A vos la Reina del cielo,
amparo del desgraciado,
dirijo mi amargo duelo;
prestad, Señora, consuelo
á un corazón lacerado.
No profano vuestro altar
viniendo en él á llorar

por un infeliz ausente ,
 porque amor tan inocente
 no puede al cielo agraviar.
 Benigna acoged , Señora ,
 mis lágrimas , puras son ,
 como las perlas que llora
 sobre el purpúreo boton
 de la flor naciente aurora.
 Para amar y aborrecer
 nos formó naturaleza ;
 mas amor suele vencer ,
 porque es mucho su poder
 y mucha nuestra flaqueza.
 Así no os ofenda el llanto
 que mis tristes ojos baña ,
 que amor es mi único encanto ,
 y proscripto el que amo tanto
 tal vez muera en tierra estraña !

ESCENA II.

MARÍA , *continúa orando*. RICARDO , *embozado y conducido por ISABEL*.

Isabel. Vedla allí : si os sorprendiera
 la princesa...

Ricardo. En vos confio.

Isabel. El lance terrible fuera ;
 pero aunque presto volviera
 contad con el celo mio. (*Vase.*)

Maria. Escuchad , Vírgen piadosa ,
 en quien el alma confia ,
 mi súplica fervorosa ;
 sed vos mi madre amorosa ,
 pues he perdido la mia.

ESCENA III.

MARÍA. RICARDO.

Ricardo. María !

Maria. (*Leyantándose.*)

Qué escuché ! Cielos ! Qué veo !...

Ricardo... ah! eres tú, ó es por ventura
ilusion lisonjera del deseo?

Ricardo. Sí, tu Ricardo soy, que en noche oscura
vivía lejos de tus dulces ojos
sin alumbrar el sol mis tristes días
porque el sol eras tú: fatal estrella
logró eclipsar las esperanzas mías.

Maria. Y cómo en este sitio te presentas?
No sabes, temerario,
que un suplicio Felipe te prepara
por ser del archiduque partidario?
Quieres se truequen las nupciales teas
que algún tiempo soñó mi fantasía
en fúnebres antorchas que iluminen
con resplandor siniestro mi agonía?
Oh! huye por piedad, de mí te aleja;
no por gozar el corazón ansioso
feliz momento de amorosa queja
te llóre amante sin llamarte esposo.

Ricardo. Qué me importa la muerte si te miro,
si de tu dulce voz el blando acento
suenan en mi corazón, y tu suspiro
mi labio bebe y le murmura el viento?
que huya lejos de ti, cruel, pretendes,
y de mi tierno afán este es el pago?
Mas no será, que mi delirio enciendes
aunque desdeñas mi amoroso halago.
Ya todo lo comprendo; horrible ausencia
de aquella fé que un tiempo me jurabas
apagó el fuego ardiente
borrando de tu mente
los plácidos recuerdos que devoro
para verdugos ser de mi memoria.

Maria. Oh! tu amor era mi ilusión de gloria,
y has destruido mis ensueños de oro!
Por piedad! por piedad! esas palabras
el pecho me destrozan: has podido
tan grave ofensa hacerme? Yo olvidarte!
Yo que de amarga pena devorada
la copa del dolor apuré entera
cuando lejos de ti miré burlada
la ilusión pura de mi edad primera!

:

Oh! cuántas veces en mi afan doliente
de la luna los pálidos destellos
contemplaba, creyendo de mi ausente
mirar la imágen retratada en ellos!
Oh! cuántas veces de los ojos míos
sorprendió el llanto la importuna aurora,
llanto que de mis tiernos desvaríos
encendia la llama abrasadora!

Ricardo. Perdon! perdon! si en mi delirio loco
con injusticia torpe te acusaba,
que mi vida es tu amor... y mal pudiera
cuando sediento de tu amor estaba
y tan solo por verte
arrostro sin temor tal vez la muerte,
tu desden contemplar con calma fria;
mas cesen los enojos,
y pues ya se ocultó la luz del dia
brille la luz de tus divinos ojos,
sin que anublen sus vívidos fulgores
del avaro destino los rigores.

Maria. En vano luchas por volver la calma
que para siempre huyó del pecho mio;
proscrito estás, y quieres aun que á mi alma
no la estremezca porvenir sombrío?
Si llegára mi tia en este instante...

Ricardo. Avisará Isabel, no temas nada.
Hoy el quinto Felipe entró triunfante,
y deslizarme pude presuroso
entre el tropel de inquieta muchedumbre,
que ignorante le aclama victorioso
sin que nadie sospeche mi venida.
He visto que á la reina acompañaba
la princesa de Ursini, y he volado
en alas del amor que me devora
á ver á mi María... La princesa
venir no puede ahora,
y así debemos tan feliz momento
consagrar al amor; no turbe nada
del corazon el mágico contento;
que mi alma henchida de placer divino
al ver tu imágen seductora y bella
la saña olvida del fatal destino

y el fatídico influjo de mi estrella.
 En ti pienso no mas, porque te adoro,
 y en este instante de sublime encanto
 tan dulces ilusiones atesoro
 que olvido los peligros que me cercan,
 sin que halague á mi ardiente fantasía
 mas que una idea encantadora y pura,
 y esa es la de tu amor, hermosa mia!
Maria. Pluguiera al cielo que la suerte avara
 tan bellas ilusiones
 en tristes realidades no trocára
 como convierten en rudos aquilones
 en hoja seca á la lozana rosa
 que á los rayos del sol altiva crece,
 y marchita parece
 cuando llega la noche misteriosa.
 Una idea tambien mi mente embarga;
 pero es idea horrible!... separados
 otra vez...

Ricardo. Pronto, sí, pronto, María,
 entrará vencedor el archiduque
 en esta capital... en mí confía;
 y unidos para siempre....

Maria. Oh! Dios! acaso
 alguna oculta trama...

ESCENA IV.

DICHOS. ISABEL, *agitada.*

Isabel. La princesa
 llega.

Maria. Gran Dios!

Isabel. Salir es imposible
 sin que os vea.

Maria. Qué dices?

Ricardo. Y no hay medio...

Maria. Oh! situacion terrible!

Isabel. Si os pudiera ocultar... este oratorio
 es el sitio mejor. Entrad al punto.

Maria. Sí, Ricardo, ocultarte es necesario.

Ricardo. Bien.

Isabel. Despachad.
(Entra en el oratorio, cuyas puertas cierra María.)
María. Cielos! protegedle,
 y no le castigéis por temerario!

ESCENA V.

LA PRINCESA DE LOS URSINOS. DON PEDRO COLON. MARÍA.

Princesa. Bien su contento ha mostrado
 el pueblo al ver al monarca
 que de gloriosos laureles
 mira sus sienas ornadas.

Colon. En vano en vencer se obstina
 á Felipe Cárlos de Austria.

Princesa. María, cómo te encuentras?
 de preguntarme ahora acaba
 la reina por tu salud,
 y sintió que te privára
 tu enfermedad aunque leve
 de ir á palacio.

María. Doy gracias
 por su bondad á su alteza;
 pero estoy mas aliviada.

Colon. Mucho debiérais cuidaros,
 porque en verdad fuera lástima
 se ajasen de vuestro rostro
 esas rosas delicadas.

Princesa. Retírate á tu aposento
 á descansar.

María. (Oh! si entrára
 en el oratorio... Cielos!)

Princesa. Tengo asuntos de importancia
 que despachar, y al momento
 que concluya...

María. (Estoy turbada.)

Princesa. Vé pues, hija mia. Pronto
 iré á verte.

María. (Suerte infausta!)

ESCENA VI.

LA PRINCESA. COLON.

Princesa. Ya estamos solos, don Pedro:
pues nadie nuestras palabras
puede oír, decidme ahora
si descubristeis la trama
que han fraguado contra mí
mis enemigos.

Colon. No es tanta
su discreción que conspiren
con tan misteriosa maña
que no adivine sus planes,
aunque de ocultarlos tratan.
El conde de Montellano
obtener quiere la gracia
del rey, y como vos sola
la mereceis, no descansa
hasta lograr...

Princesa. Suplantarme
en el favor del monarca?
Mi poder le inspira celos?
por ventura á tanto alcanza?

Colon. Tanto, señora, que dudo
le haya ejercido una dama
igual al vuestro; es verdad
que nunca ha habido en España
quien con vos competir pueda.

Princesa. La lisonja es estremada!

Colon. Lisonja en mis labios? Oh!
Con ella jamás se manchan.
Necesario es prevenirnos
contra cualquier asechanza.

Princesa. No temais, Colon: el rey
con muy tierno delirio ama
á su esposa, y bien sabeis
que obtengo la confianza
de la reina: hay además
poderosísimas causas
que se oponen al proyecto
que el buen Montellano fragua.

Amelot, embajador
de Luis catorce de Francia,
tiene instrucciones...

Colon. Ya estoy.

Pues como en vos apoyo halla,
se opondria á que del lado
de la reina os separáran?

Princesa. Creo que sí. Serán vanos
sus esfuerzos, y mañana
los que hoy derribarme intentan
se humillarán á mis plantas.
En mi mano tengo el medio
de destruir esa trama.

Montellano de María
tan enamorado se halla,
que si convenirme puede
estrechar nuestra alianza,
con dársela por esposa
se burlan las esperanzas
de mis contrarios, que el conde
abandonará su causa,
pues contra el amor se estrella
la mas hábil diplomacia.

Colon. Teneis razon; lo que importa
mucho en estas circunstancias
es obrar con gran cautela.

Todavía sublevada
con Valencia Cataluña
á favor de Cárlos de Austria,
por otras provincias cunde
de la rebelion la llama.

A invadir la Estremadura
el portugués se prepara,
y en tan horrible anarquía
Aragon por fueros clama.

Tan solo á vuestro talento
la gloria está reservada
de consolidar el trono
de nuestro amado monarca,
librando al pais de riesgos
que como nunca hoy le amagan.

Princesa. Sí, con la ayuda de Dios,

y la que nos presta Francia
con noble desinterés
por el bien de nuestra patria,
espero que las discordias
queden pronto terminadas.

Colon. Mucho á esa nacion debemos,
por mas que la plebe ingrata
os acuse de vender
los intereses de España
á los del gran Luis catorce.

Princesa. Desprecio solo me causan
esas hablillas del vulgo
que con voluble inconstancia
eleva un ídolo ayer,
y hoy por el suelo le arrastra.
De su favor se apodera
el último que le halaga,
y á quien por él se desvela
aborrece en su ignorancia.

Colon. Por eso Diego Mendoza
en la muchedumbre incauta
ha adquirido tal influjo,
que inventa torpes patrañas
que el pueblo juzga verdades
porque de sus labios manan.

Princesa. Diego Mendoza dijiste?
Y quién es ese hombre?

Colon. Acaba
de llegar de Zaragoza
con comision bien estraña.
Pide las inmunidades
que á Aragon fueron negadas.

Princesa. Y ese hombre goza entre el pueblo
tan grande preponderancia?

Colon. La que sobra para armar
cualquier motin ó asonada,
pues aunque hace pocos dias
que vino con su embajada,
para ganarse á la plebe
se ha dado muy buena maña.

Princesa. Es preciso, á toda costa,
que hable con ese hombre.

Colon.

Os causa

temor?

Princesa.

No me comprendeis.
Un hombre así es una alhaja
de inestimable valor
para el partido que alcanza
ganarse su voluntad,
y si el nuestro la ganára...

Colon.

Entiendo. Crecis sea fácil?...

Princesa.

No juzgo que es empresa árdua,
que dádivas y mercedes
pechos de diamante ablandan,
y no hay plaza inespugnable
cuando el oro es quien la asalta.
A vuestro celo, Colon,
encargo...

Colon.

Vendrá sin falta.

Con vuestro permiso ahora
me retiro.

Princesa.

Hasta mañana.

Voy á guardar los papeles
que he recibido de Francia.

Colon.

Si á descubrirlos llegasen...

Princesa.

No temais, Colon; los guarda
sitio seguro: id con Dios,
y no olvideis la embajada.

*(Colon se retira; la princesa se dirige hácia uno de los
escudos de armas; toca un resorte y se abre aquel, de-
jando un hueco bastante capaz para ocultar una caja;
coloca en ella los papeles, y vuelve á cerrarle. Ricar-
do ha observado durante esta operacion á la princesa,
entrebriando un poco la puerta del oratorio.)*

Ricardo.

(Qué miro! en aquel escudo...
vende á Felipe y á España!)

(Vuelve á cerrar.)

ESCENA VII.

LA PRINCESA, sola. RICARDO, oculto.

Princesa.

Qué necios! á mi ambicion
cortar las alas pretenden,

y mas el orgullo encienden
 de mi altivo corazon.
 Doblen los que humildes son
 como esclavos la rodilla
 ante el idolo que brilla
 en mas elevada esfera,
 mas no la que es camarera
 de la reina de Castilla!
 Hoy domino á mi placer
 la monarquía española,
 y el mundo rigiendo sola
 quisiera á mis plantas ver.
 No mas que amor al poder
 siente el alma en su desvelo;
 pero con tan loco anhelo,
 que me agita sin cesar
 no poder yo dominar
 cuanto abarca tierra y cielo:
 Sueños de la loca mente
 que solo delirios son;
 conténtate, corazon,
 con gozar de lo presente,
 y no en vano te atormente
 lo que nunca has de alcanzar:
 no quieras tanto volar
 para caerte despues...

(Suena una campana.)

Mas qué oigo!... la oracion es:
 ahora me toca orar.

*(Se dirige á la puerta del oratorio, la abre y retrocede
 al ver á Ricardo.)*

ESCENA VIII.

LA PRINCESA. RICARDO, *embozado*.

Princesa. Un hombre aqui! Dios divino!

Ricardo. Señora, no os asustéis;
 aunque encubierto me veis,
 no soy ladron, ni asesino.

Princesa. Quién os trajo á este lugar?
 Cómo en él habeis entrado?

- Ricardo.* Mucho me habeis preguntado ,
y poco he de contestar.
- Princesa.* Qué decís? Sabeis quién soy?
- Ricardo.* Pues no he de saberlo á fé ,
si ahora mismo lo escuché?
de todo enterado estoy.
Y he comprendido al momento
que sois una ilustre dama
á quien celebra la fama
por vuestra gracia y talento.
- Princesa.* Tal vez la fama mintió.
- Ricardo.* Si antes dudar lo pudiera ,
al veros , difícil fuera
creyese lo mismo yo.
- Princesa.* Lisonjero sois por cierto ,
mas ved que no cuadra bien
hable de este modo quien
el rostro tiene cubierto.
Pronto pues le descubrid.
Qué causa pudo obligaros
en mi oratorio á ocultaros?
Quién os condujo? decid.
- Ricardo.* Yo solo el culpable he sido ,
pues sin verme nadie entrar
logré hasta aquí penetrar ,
permaneciendo escondido
mientras veníais , señora ;
que hablar con vos deseaba ,
y la ocasion que anhelaba
se me ha presentado ahora.
- Princesa.* Explicaos ; mas primero
preciso es que os descubrais.
- Ricardo.* Ya que en ello os empeñais , (*Se descubre.*)
ved si soy un caballero.
- Princesa.* Cielos! Me engañan mis ojos!
En mi presencia un traidor!
- Ricardo.* A qué viene ese furor?
Deponed vuestros enojos.
No son mis delitos tales
que al verme os horroriceis ,
pues traidores conocéis
con máscara de leales.

- Princesa.* Qué decis ?
- Ricardo.* Quién hace caso de una traición mas ó menos , si se hallan de honores llenos traidores á cada paso ?
- Princesa.* Os atreveis?...
Ricardo. Tanto abunda de la pobre patria en daño , que con ella no es extraño que la lealtad se confunda.
- Princesa.* Vuestro loco atrevimiento hoy me toca castigar . No os estremece el pensar que os aguarda un lin sangriento ? Ved que os tengo en mi poder , y nada de él os escuda . Llamaré... (*Dirigiéndose á la puerta.*)
- Ricardo.* Olvidais sin duda que os puedo tambien perder ?
- Princesa.* Perderme vos ? (*Deteniéndose.*)
- Ricardo.* Tal vez sí , si á ello me obligais .
- Princesa.* (*Qué escuchó!*)
- Ricardo.* Recordad que no hace mucho vuestros planes descubrí .
- Princesa.* (*Si habrá visto que oculté las cartas?*)
- Ricardo.* (*No me conviene decir que sé dónde tiene los papeles.*)
- Princesa.* (*Yo veré...*)
- Ricardo.* Conque observásteis?... Yo nada pude observar ; pero oí lo que habeis hablado aquí .
- Princesa.* (*No lo vió.*) (*Con alegría.*)
- Ricardo.* (*Queda engañada.*)
- Princesa.* Mis planes en daño son del Austria y de la Inglaterra , que en dura y horrible guerra destrozan nuestra nacion . Vos , lejos de defender

á vuestra patria , servís
al Austria y audaz venís
á insultar á una mujer ?
Mas tan aleve arrogancia
castigaré cual merece.

Ricardo. Por austriaco me aborrece
la que ama tanto á la Francia !
Si yo sirvo al interés
del Austria porque conviene
á España , apoyo en vos tiene
el gabinete francés.
La reina es jóven , y siendo
su camarera mayor
que abuseis de su candor
es fácil á lo que entiendo.
Todo lo alcanza del rey
su esposa , y aconsejada
por vos sola , es acatada
vuestra voluntad cual ley.
Llamad pues , para vengaros
de un traidor aborrecido ;
pero tened entendido
que podeis precipitaros.
Porque si está mi traicion
á todo el mundo patente ,
traiciones hay casualmente
que tan públicas no son.

ESCENA IX.

LOS MISMOS. GARCÉS.

Carcés. El conde de Montellano
aguarda vuestra licencia.

Princesa. Detene. (*Vase Carcés.*) (Si en su presencia
descubriese... así lo allano.)
Enemiga vuestra soy,
mas generosa he de ser ;
os tenia en mi poder
y la libertad os doy.

Ricardo. Mucho os honra esa fineza ,
y... la agradezco. (*Con intencion.*)

Princesa.

Mirad

si procedo con lealtad.
 (No salvarás tu cabeza.)
 Importa que aquí no os halle
 el conde; esta llave os fio: (*Se la dá.*)
 por un corredor sombrío
 guía esa puerta á otra calle.

(*Le abre la puerta secreta.*)

Luego abrid la que encontréis
 al fin de ese corredor,
 y espero de vuestro honor
 que el secreto guardareis.

Ricardo.

Lo prometo. (Ello dirá
 apenas salga de aquí.)

Princesa.

(Me libertaré de ti,
 y ninguno lo sabrá.)
 Mañana á esta misma hora
 os aguardo aquí.

Ricardo.

Vendré.

(*Sale por la puerta secreta.*)

Princesa.

Salid pronto. Siguele.

(*A Garcés, que vuelve á salir y sigue á Ricardo por la
 puerta secreta.*)

Veamos al conde ahora.

ESCENA X.

LA PRINCESA. EL CONDE DE MONTELLANO.

Princesa.

Cuándo tan honrada ha sido
 mi casa? Os habeis dignado...

Mont.

Yo soy, señora, el honrado
 con ser en ella admitido.
 Que al que vive en este suelo,
 no es honra y ventura escasa
 le admitan en una casa
 que es de dos ángeles cielo.

Princesa.

De ángeles y cielo habláis?
 no entiendo lo que decís.
 Muy alto, conde, subís,
 y ved que en el suelo estais.

Mont.

Ño desconozco, señora,

mi humildad, locura fuera,
por mas que á muy alta esfera
creía elevarme ahora.

Que al ver del sol la luz pura
el mas pequeño mortal
se juzga al mayor igual;
ved si es grande mi ventura.
pues á un sol estoy mirando
cuyo resplandor me ciega,
aunque otro su luz me niega
mi tierno amor desdeñando..

Princesa. El sol mirais en tal hora?
mucho vuestra vista alcanza!
Yo solo veo que avanza
la noche.

Mont. Sois vos, señora.
Que son tantos los destellos
de vuestros divinos ojos,
que causan al sol enojos,
porque alumbran tambien ellos.

Princesa. Es preciso que os deslumbre
tan brillante resplandor!
Decid, sois adulator
con las damas por costumbre?

Mont. Me ofendeis.

Princesa. Eso tampoco.

Mont. Siempre digo lo que siento.

Princesa. Menos en este momento.

Mont. Incrédula sois.

Princesa. Un poco.

Mont. Teneis motivo?...

Princesa. Quizá.

Mont. Cuándo os le dí?

Princesa. Lo olvidé.

Mont. Dudareis aun?

Princesa. No sé.

Mont. Mirad que...

Princesa. Ya se verá.

Mont. No os comprendo. Habré incurrido
en vuestro enojo?

Princesa. Eso no.

Mont. Si alguno me calumnió...

- Princesa.* Pudiera haber sucedido. (*Con intencion.*)
Mas quién al de Mantellano
se atreviera á calumniar ,
si ocupa el primer lugar
en el favor soberano?
- Mont.* (Qué ironía ! Celos son
de mi poder !) Decís bien ;
pero nunca falta quien
tenga sobrada ambicion ; (*Con intencion.*)
y al mirarme tan honrado
por el rey...
- Princesa.* (Esto es por mí.)
- Mont.* Y por vos... á quien debí
ser del consejo de Estado ;
una intriga urdir podria
solo por lanzarme de él.
- Princesa.* Hay muchos que este papel (*Idem.*)
desempeñan con maestría.
- Mont.* (Oh ! por mí lo dice.) Pero
no temo que esté intrigando
contra mi poder , contando
con vuestro apoyo sincero.
- Princesa.* Mi apoyo ?
- Mont.* Os ha sorprendido ?
- Princesa.* Pues no , si iba á suplicaros
lo mismo ?
- Mont.* Quereis burlaros ?
- Princesa.* Esta mi intencion no ha sido.
Mas qué os pudiera ofrecer ,
si en el poder que ejercia
quien mejor lo merecia
me ha logrado suceder ?
- Mont.* No adivino...
- Princesa.* Qué decís ?
Vos lo ignorais ? Cosa estraña !
Pues para gloria de España
sus destinos no regís ?
- Mont.* Para su gloria ? No intento
abrigar tal presuncion ,
que aunque es buena mi intencion
me falta vuestro talento.
Me afano por conservar

- de España la independencia ,
para que estraña influencia
no la llegue á dominar.
Y no imagino otro modo...
quien piense otra cosa yerra ;
que somos en esta tierra
españoles sobre todo.
Esta es mi única ambicion ;
sin embargo , todavía
no logré cuanto queria
para bien de esta nacion.
Mas me halaga la esperanza
de que vos que aconsejais
á la reina , consigais
lo que mi mente no alcanza.
- Princesa.* Del consejo os ha nombrado
presidente el rey , y yo
no debo mezclarme , no ,
en los negocios de Estado.
De la reina camarera
á cumplir con mi deber
me limito ; una mujer
buen consejero no fuera.
Y si obrára asi indiscreta ,
del rey el pueblo diria
dos influencias tenia...
la pública y la secreta.
- Mont.* Eso dice cabalmente.
- Princesa.* Cómo ! se atreve á ofender
al rey...
- Mont.* Le hacen creer
tales cosas!...
- Princesa.* Insolente !
- Mont.* Hablillas del vulgo son ,
que acabarian , lo creo ,
si quisieráis vos.
- Princesa.* (Ya veo
quiere capitulacion.)
Decid pues : de qué manera?...
- Mont.* (Cómo lo diga , no sé.
Si se burla de mi fé...)
- Princesa.* (Si engañarme pretendiera...)

Hablad.

- Mont.* ¿Qué os parecería
si os dijera francamente...
Princesa. (Oh! ahora sí que miente.)
Mont. Gozo al ver nuestra armonía?
Y pues amistad sincera
nos une, estrechar debemos
sus lazos, y así podremos...
Princesa. (Lo dicho, transacción era.)
Siempre vuestra amiga he sido,
y en ello, conde, yo gano.
Mont. Pues bien, señora, la mano
de vuestra sobrina os pido.
Hace tiempo que la adoro,
vos lo sabeis, y su amor
fuera mi gloria mayor,
mi mas precioso tesoro.
Princesa. Honra fuera para mi
que apreciara en alto grado.
Mas puede un hombre de Estado
amar con tal frenesí?
(A un movimiento del conde.)
Oh! no lo dudo: y María
que os ame tambien confio.
(Así entrará en el plan mio.)
Mont. (De este modo serás mia.)
Princesa. (Esta boda es conveniente,
pues Francia dominará.)
Mont. (Mis consejos seguirá,
y haré á España independiente.)

ESCENA XI.

DICHOS MARÍA.

- María.* (No he podido contener
la impaciencia que me agovia.
Si le descubrió... respiro.)
Princesa. Felizmente llega hora.
María. Perdonad si os interrumpo.
Me retiraré.
Mont. (¡Qué hermosa!)

:

Princesa. No, detente, que el asunto que tratábamos importa á tí mas que á nadie.

María. A mí?

Princesa. Y es necesario que le oigas. No es verdad, conde?

Mont. Oh! sin duda.

Y si tuviera la gloria de que oyese con agrado... beldad tan encantadora lo que le direis, veria colmada mi dicha toda.

María. Sois en extremo galante, y delicadas lisonjas es justa fama en la corte que de vuestros labios brotan.

Mont. Son los afectos del alma que hasta los labios asoman, cuando no pueden en ella contenerse como ahora.

Princesa. El conde de Montellano hacernos pretende la honra de unir los ilustres timbres de su familia á los que ornan á la nuestra: esta alianza es para mí tan gloriosa que admito reconocida su propuesta.

María. (Me destroza una sospecha.)

Princesa. Me pide tu mano, y yo...

María. (Turbada.) (Ah!) Señora... (Y Ricardo lo está oyendo.)

Princesa. (Su inquietud y su zozobra revelan... fuera posible!) Serás del conde la esposa.

María. (Gran Dios!)

Princesa. (No hay duda.)

Mont. Esta dicha

mi corazón ambiciona,
y si para merecerla

los méritos no me abonan,
 sabed al menos que mi alma
 con tal delirio os adora
 que diera por mereceros
 no de conde la corona,
 que es ofrenda harto mezquina,
 pues si de cuanto el sol dora
 fuese dueño, lo rindiera
 á vuestras plantas hermosas;
 mas sí un corazón que esclavo
 de gracias tan seductoras
 será del amor mas tierno
 trono que ocupeis vos sola.
 (Cielos! todo lo habrá oído.)
 Señor, agradezco...

Maria.

ESCENA XII.

DICHOS. GARCÉS.

Garcés

Ahora
 en busca del señor conde
 ha venido una persona
 para que al punto á palacio
 acuda.

Mont.

A palacio ahora?

Garcés.

Dijo que en la corte estaban
 parciales del Austria, y forjan
 horrible trama.

Maria.

(Qué escucho!)

Mont.

Se hallan en la corte? Ignoran
 el arte de conspirar
 bien, que mis espías logran
 descubrir todos sus planes;
 y ¡ay! del infeliz que coja,
 porque para los traidores
 será mi justicia pronta.

Maria.

(Temblando estoy.)

Princesa.

(Con ironía.) Y es difícil
 que en parte alguna se escondan
 sin saber vuestros espías...

Mont.

Oh! por supuesto.

Princesa. (Con ironía.) Me asombra
su vigilancia!

Mont. Es urgente
dár órdenes rigurosas
para que ninguno escape.
Permitidme...

Princesa. Id en buen hora,
que la salud del Estado
es lo que mas nos importa,
y con vuestra vigilancia
no temo que riesgos corra.

ESCENA XIII.

LA PRINCESA. MARÍA.

Princesa. Voy á ver si le ha seguido
mi escudero. (Sale.)

María. Ah! ya estoy sola.
Horrible ha sido el suplicio
que padecí.

(La princesa, que no ha hecho mas que salir un momento, observa á María, que se dirige al oratorio.)

Princesa. (Soy dichosa:
no se escapará... qué veo!)

María. Ricardo!... Virgen de Atocha!
(No encontrándole.)

No está aquí... le han descubierto!...

Princesa. Sí... yo.

María. Ah! Perdon, señora!
(Cayendo á sus pies.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del primer acto.

ESCENA PRIMERA.

LA PRINCESA DE LOS URSINOS. DON PEDRO COLON.

Princesa. Conque no habeis descubierto nada acerca de ese jóven?

Colon. Conoció que le seguia vuestro escudero, y marchóse otra vez á Cataluña á unirse con los traidores que del archiduque Cárlos siguiendo están los pendones.

Princesa. De su persona intentaba apoderarme, y di órden al efecto á mi escudero; mas anduvo un poco torpe, y él conociendo el peligro huyó al momento.

Colon. Mal golpe!

Princesa. Y qué importa, si al fin caso á María con el conde, y se celebran hoy mismo las bodas?

Colon. Y no se opone vuestra sobrina?...

Princesa. Al principio

es natural, resistióse,
lloró... pero convencida
de que todas sus razones
no conseguian variarse
de resolucion, entonces...

Colon.

Se conformó? Es claro.

Princesa.

Oh! contra

la voluntad de estas jóvenes,
muchas veces las tenemos
que hacer felices.

Colon.

Y el conde

á nuestros planes despues
se prestará?

Princesa.

Se supone.

Además, así que venga
le he de imponer condiciones
que admitirá, no lo dudo;
será la primera, nombre
secretario del consejo
á quien debo mil favores.

A vos.

Colon.

Tanto honor, señora?

Princesa.

A quién mejor corresponde?
Sois sin duda el mas constante
de mis fieles servidores,
y es justo que recompense
vuestro celo.

Colon.

Como logre
serviros en ese cargo...

Princesa.

Ya sabeis mis intenciones,
y en él podeis ser muy util,
pues cuanto el rey Luis catorce
para bien de nuestra España
quiera que el consejo adopte,
vos lo propondreis, y así
se evitan murmuraciones
de la plebe, que me juzga
instrumento de esa corte;
porque al ver que es el consejo
quien tales resoluciones
adopta, no será el blanco
de esos ataques mi nombre.

Colon. Me parece bien el plan; vuestros deseos son órdenes para mí, y estoy dispuesto a cumplirlos. Pero ese hombre, Diego Mendoza, no vino todavía?

Princesa. Se conoce que no le halló mi escudero, pues tarda mucho.

Colon. Si opondrá el aragonés obstáculos...

Princesa. Son vanos vuestros temores. En el siglo que vivimos no hay fenómeno que asombre tanto como una persona que el poder no la soborne; como que se ha hecho de moda el comercio de opiniones, unos las venden por mas, otros por menos, conforme lo profundas y arraigadas que tienen sus convicciones, y si algunos no las venden es... porque no hay quien las compre.

Colon. Juzgais de un modo...

Princesa. Muy justo.

Vuestros sentimientos nobles no tienen todos, que habeis abjurado los errores de la juventud hoy siendo partidario de la corte, aunque de necios derechos del pueblo lo érais entonces, y en ello no habeis tenido el vil interés por norte. Pero lo demás...

Garcés. (Saliendo.) Señora...

Princesa. No viene contigo ese hombre?

Garcés. Aguardando está.

Princesa. Pues que entre.

Colon. Con él os dejo. Yo vóime.

ESCENA II.

LA PRINCESA. DIEGO MENDOZA.

- Princesa.* Acercaos: no sois vos
Diego Mendoza?
- Diego.* Eso es.
Y de ser aragonés
me glorío, ¡vive Dios!
- Princesa.* Me place que esteis gozoso
con haber nacido allí.
- Diego.* Y mucho; que para mí
es el pais mas hermoso.
- Princesa.* Tambien yo le he recorrido
y no me disgusta á fé.
- Diego.* Qué es disgustar? Bien se ve
que en la corte habeis nacido.
- Princesa.* Pues qué acaso no os agrada?
- Diego.* A mí no, pese á mi estrella,
porque la verdad en ella
anda siempre disfrazada.
Todo es aquí adulacion
y fingimiento; en mi tierra
tambien, señora, se yerra,
pero es con sana intencion.
Sin irnos por otros trigos,
como fingir no sabemos
al que odiamos le rompemos
la crisma, y despues amigos.
- Princesa.* Franco sois en demasia.
- Diego.* Nunca la verdad fué esceso;
yo esta máxima profeso,
y la seguiré á fé mia.
- Princesa.* Os he mandado á llamar...
- Diego.* Y por eso yo he venido.
Por cierto me ha sorprendido,
porque es cosa singular!
Un mes hará que aquí estoy
sin conocer dama alguna;
pero mi buena fortuna
me ha presentado á vos hoy.
Que al decirme un escudero

me esperaba hermosa dama ,
sin saber cómo se llama
seguíle yo muy ligero.

En Aragon es la gente
galante á mas no poder,
que nada quita á mi ver
lo cortés á lo valiente.

Princesa. Con igual franqueza voy
á hablaros.

Diego. Así me gusta ,
que á mi carácter se ajusta ,
y á serviros pronto estoy.

Princesa. Mi nombre os he de decir
antes.

Diego. A ello no os provocho ,
que el nombre me importa poco
si en algo os puedo servir.

Princesa. Sin embargo os lo diré.
Soy de Ursini la princesa.

Diego. Ah! vos...

Princesa. Os causa sorpresa?...

Diego. Yo sorprenderme? por qué?
plebeyo soy, noble vos,
aquí se truecan los nombres,
mas son cosas de los hombres,
que iguales nos hizo Dios.
No me asombra conocer
á dama tan principal
sino porque oigo hablar mal...

Princesa. De mí?

Diego. De vuestro poder.

Princesa. (Ya apura mi sufrimiento.)
Habeis tenido la audacia...

Diego. No entiendo de diplomacia ,
y así digo lo que siento.

Princesa. De franqueza alarde haccis ,
y de ello no he culparos;
mas un consejo he de daros
que espero le atenderéis.
Para medrar no hay mas norte
en el cortesano oficio
que la ficcion ; será un vicio ,

mas es vicio de la corte.
Y el que con tosca llaneza
suele á los grandes hablar,
pierde no solo el medrar,
sino á veces la cabeza.

Diego.

El consejo es escelente;
mas yo que medrar no intento,
el arte del fingimiento
seguir no debo, es corriente.
Sigalo la turba vil,
que por mezquino interés
del poderoso á los pies
se arrastra como un reptil.
Pero quien libre nació
y de Lanuza descende,
si su dignidad comprende
fingir no puede, eso no.
Y si ofende mi franqueza,
sea en buen hora, franco fuí,
y franco he de ser, que así
me formó naturaleza.

Princesa.

Bien: que me escucheis os ruego.

Diego.

Hablad pues, que ya os escucho.

Princesa.

Importa el secreto mucho.

Diego.

Le guardaré á fé de Diego.

Bien podeis fiarle de mí,
decídmelo sin rebozo,
que cual si fuera en un pozo
caerá en mi pecho, eso sí.

Princesa.

Que teneis gran valimiento
con el pueblo me han contado.

Diego.

Señora, os han engañado.

Princesa.

Todo lo sé: estadme atento.

Vuestro apoyo necesito;
si á prestármele accedeis,
oro y honores tendreis,
y hasta poder infinito.

No penseis que son quimeras,
que á concederos me allano
el favor del soberano,
conque así...

Diego.

Hablais de veras?

Princesa. Pues no? (Se rindió al momento.
Lo que deslumbra el poder!)

Diego. Casi no acierto á creer
lo que oigo. Estoy soñoliento!
Que venda acaso mi honor
pensais proponerme ahora?
Contempladme bien, señora;
tengo cara de traidor?
Que se compra fácilmente
á un plebeyo habeis creido;
muy mal me habeis conocido,
soy yo muy independiente.
Podéis vuestro oro guardar,
las dignidades y honores,
que no faltarán traidores,
á quienes logreis comprar.
Que yo mi vanidad fundo
en no ser rico, ¡paciencia!
mas no vendo mi conciencia
por todo el oro del mundo.

Princesa. (Se resiste aun!...)

Garcés. (Saliendo.) El notario
aguarda.

Princesa. Bien: aquí os dejo.
Mientras vuelvo os aconsejo
penseis mas...

Diego. No es necesario.

ESCENA III.

DIEGO.

De resolucion no mudo
por cuanto hay: oh! soy muy terco:
calla... se fué... en vano intenta
que la ayude en sus proyectos.
Conque vengo de Aragon
á combatirlos resuelto,
y quiere que de la Francia
me preste á ser su instrumento!
Oh! no hay duda; este es su plan;
aunque no me le ha propuesto

claramente, le adivino.
 Pero ahora que me acuerdo...
 no es la princesa de Ursini
 de quien me habló?... Si por cierto.
 Luego es tía de la que ama
 mi hermano Ricardo? Cielos!
 Si estará aquí?... Me alegrára
 conocerla. Mas qué veo!

ESCENA IV.

MARÍA. DIEGO.

- Maria.* Mi tía... no se halla aquí.
Diego. Perdonad...
Diego. Qué hermoso cuerpo!
 Y el rostro es encantador!
Maria. Cómo me mira!
Diego. Celebró,
 señorita... (sí... es ella)
 la ocasión de conoceros.
Maria. No tengo el honor...
Diego. No importa:
 yo soy un amigo vuestro,
 y hasta mi sangre daría
 por servirlos.
Maria. No comprendo...
Diego. No lo estraño, que hasta ahora
 no me habeis visto; mas tengo
 un amigo á quien estimo
 que os conoce y...
Maria. Qué sospecho!
Diego. Cuando á partir de la corte
 se vió obligado el mancebo,
 el dolor le devoraba
 y me descubrió el secreto
 de su pena. Ya se ve...
 andaba amor de por medio,
 y al ver la hermosa que fuera
 la causa de su tormento,
 que en sentirlo razon tuvo
 el pobre jóven confieso.

Maria. Qué decís?Cuál es su nombre?

Diego. Os lo diré sin rodeos.
Ricardo es de quien os hablo.

Maria. Ricardo! Divinos cielos!
Vos le conocéis?

Diego. Y mucho.
Como á un hermano le quiero,
porque una misma mujer
á entrambos nos dió su pecho,
juntos nos hemos criado;
aunque ilustres sus abuelos
fueron y humildes los míos,
los mismos gustos tenemos.
Solo en mis padres y en él
mi cariño reconcentro,
y el que le hiciera algun daño,
voto á... de cólera tiemblo
no mas al pensarlo... el alma
le arrancaría primero.

Maria. Ah! tan tiernas espresiones
el bálsamo del consuelo
en mi corazón derraman.
Tanto le amáis?

Diego. Si por cierto!
De Zaragoza he venido
para reclamar sus fueros
y ver si alcanzo el indulto
de Ricardo al mismo tiempo.
Su ardor juvenil le hiciera
lanzarse al combate fiero
contra el rey Felipe al ver
que si cual fuera su dueño
el rey de Francia domina
á la pobre España; pero
si consigo su perdon
volverá y... mas qué advierto!
Palidece vuestro rostro?

Maria. Ah! no sabéis el efecto
que causan vuestras palabras
en el alma mia; hoy debo
contraer funesto enlace.

Diego. Casaros! qué estais diciendo?

Ese trage... ya adivino;
os obligarán á ello,
y el pobre Ricardo...

Maria. Oh Dios!

Diego. Mas, sabeis su paradero?
Señorita, nada sé
desde que se marchó huyendo
por no caer en las garras
del rey Felipe.

Maria. Si ha muerto!...

Diego. Desechad tan triste idea.
Y no podeis oponeros
á esa boda?

Maria. No: el deber...

Diego. Qué diablos! Y no hay remedio?...

Maria. Ninguno.

Diego. Y quién la dicha
va á tener de poseeros?

Maria. El conde de Montellano
será mi esposo.

Diego. Es un sueño!

Pues el conde y la princesa
no se aborrecen? Ya veo
que obra en todo el cortesano
al revés de los plebeyos.
Si yo tuviera una hija
no habia de ser mi yerno
un enemigo; sin duda
la diplomacia anda en esto.
Pero á fé de aragonés
que ó muy poco es lo que puedo,
ó he de hacer se desbarate,
ese fatal casamiento.

Maria. Qué intentais?

Diego. Dejadme á mí.

Maria. Pero decidme...

Diego. No hay pero
que valga.

Maria. Oh! si mi tia...

Diego. Decidla que al punto vuelvo,
que un asunto de importancia
me obliga á marcharme.

- Maria.* Temo...
- Diego.* No faltaba mas que fuese de tanta hermosura dueño ese conde mientras el otro... Oh, vive Cristo! que si ellos son cortesanos, yo soy aragonés, y... veremos.
- Maria.* Aguardad. ¿Qué es lo que intenta hacer este hombre? Yo tiemblo.

ESCENA V.

LA PRINCESA. MARÍA.

- Princesa.* Cómo! Se fué? Viste aquí á una persona, María?
- Maria.* Dijo que presto volvia, y que os lo anunciára así.
- Princesa.* Apenas ese hombre vuelva
(*A un escudero.*)
déjale entrar.
- Garcés.* Bien está. (*Vase.*)
- Princesa.* (Sin duda lo pensará, y es fácil que se resuelva.)
Cuánto este dia anhelé que ha de hacerte muy dichosa! hoy de Montellano esposa con gozo te miraré.
Si un ligero desvario tu deber te hizo olvidar, yo he sabido perdonar tu falta, y en tí confio.
El conde con tierno ardor te adora, lo sabes bien; preciso es que tú tambien correspondas á su amor.
- Maria.* Señora... cuánta bondad sin haberla merecido!
A vos todo lo he debido desde mi infantil edad.
Mi madre no conocí, sin duda lo quiso Dios

para probarme que vos
lo seriais para mí.

Vuestra voluntad sabré
obedecer, la respeto ;
mas si otra cosa prometo ,
cumplirla yo no podré.

Que me ama el conde no ignoro ,
y honra en ello mi humildad ;

mas con todo, perdonad
si os digo que no le adoro.

Es galan , fino , constante ;
sus nobles prendas admiro ,
mas como amigo le miro ,
y no puedo como amante.

Princesa. El tiempo y trato sincero
borrarán esa impresion ,
y amaré tu corazon
á tan noble caballero.

Maria. (Oh! nunca podré olvidar
á Ricardo.)

Princesa. Sí, hija mia ,
espero no tarde el dia
en que le llegues á amar.
Y será muy duradera
tu pasion , porque la llama
que al principio mas se inflama
suele apagarse ligera.

Garcés. El señor conde ! (Anunciando.)

Princesa. Oh! El galan
por la boda está impaciente ;
merece por diligente
premier su amoroso afan.
Vé á concluir, hija mia ,
tu tocado , ponte hermosa
para que admire á su esposa
el conde.

Maria. (Ah! suerte impía !)

ESCENA VI.

LA PRINCESA. MONTELLANO.

Princesa. No os puedo , conde , acusar

de poco puntual; ya veo
que os halaga el himeneo.

Mont.

Cómo no me ha de halagar?
Es mucha dicha, señora,
para un corazon amante
ver que se acerca el instante
de poseer lo que adora.

Y felicidad tan pura
me envanece. Cómo no,
si el cielo en ella reunió
la virtud á la hermosura?

Ah! solo ilusion tan bella
disipa duda fatal.

Princesa.

Una duda decís? Cuál?

Mont.

Que no me ame tal vez ella.

Princesa.

Condicion de enamorado.

Las niñas tienen rubor
y ocultar saben su amor
como un secreto de Estado.

Lo que habeis pensado bien,
y de ello, conde, me place,
es el que sea este enlace
casi secreto tambien.

Pues aunque saben algunos
se celebra vuestra boda,
no nos obliga la moda
á convidar á importunos.

Mont.

Esta ha sido mi intencion.
Vos los poderes teneis
de la reina, y ya sabeis
que el rey se los dá á Colon.
Sois de los reyes en nombre
padrinos.

Princesa.

Es honor sumo,
y al publicarse presumo
no faltará quien se asombre.

Mont.

Es muy natural; tenemos
enemigos, y al saber
nuestra union han de temer
que juntos mucho podamos.
Pero sus murmuraciones
poco deben importar

:

- á quien sabe despreciar calumnias y adulaciones.
- Princesa.* Una súplica he de haceros.
- Mont.* (Qué será?) Suplicaréis vos á quien mandar podeis? Solo anhelo obedeceros.
- Princesa.* Pues bien: nombrad á Colon del consejo secretario.
- Mont.* (Acceder es necesario, mas conozco su intencion. Para vigilarme intenta le nombre.)
- Princesa.* Qué respondeis?
- Mont.* Le propondré si quereis. (No te ha de salir la cuenta.)
- Princesa.* Proponerle?
- Mont.* Cómo no? Al rey. Si su magestad le nombra...
- Princesa.* Ah! es verdad. (*Con malicia.*)
- Mont.* Y ahora recuerdo yo que tambien he de pedir os un favor.
- Princesa.* A mí? Cuál es?
- Mont.* En ello tengo interés.
- Princesa.* Pues pronta estoy á servir os.
- Mont.* Os ruego que nombreis dama de la reina...
- Princesa.* (A quién dirá?)
- Mont.* A la de Pimentel.
- Princesa.* Ya. (*Con malicia.*) Su nombre?
- Mont.* Leonor se llama.
- Princesa.* (Para observar mis acciones quiere tenerla á mi lado, mas juzga mal si ha pensado realizar sus intenciones.) Muy bien: á doña Leonor á la reina propondré: mas tengo entendido que la profesásteis amor.
- Mont.* Señora...

- Princesa.* Nada temais ,
que no nos oye María :
con razon celos tendria
sospechando que aun la amais.
- Mont.* Tal sospecha me ofendiera.
Mudemos conversacion.
Sabeis que la rebelion
se propaga por do quiera ?
En defender la corona
del austriaco decidida ,
ningun peligro intimida
á la osada Barcelona.
Mas y mas la audacia crece
de todos sus defensores ,
y meditan los traidores
un plan que al alma estremece.
Antes que rendirse intentan
prender fuego á la ciudad.
- Princesa.* Qué horror !
- Mont.* Su temeridad
mas los riesgos acrecientan.
- Princesa.* Es preciso concluir
con la rebelion.
- Mont.* Lo espero...
para conseguirlo quiero
vuestro dictámen oír.
- Princesa.* Mi dictámen ? Poco vale
para que vos le sigais.
- Mont.* Poco ? Os equivocais.
No hay ninguno que le iguale.
En adelante, señora,
governareis el Estado.
- Princesa.* Está bien encomendado
á vuestro talento ahora.
- Mont.* Al vuestro someteré...
- Princesa.* Eso, conde, toca á vos.
- Mont.* Gobernarémos los dos.
- Princesa.* (Tú... no.)
- Mont.* (Yo gobernaré.)

ESCENA VII.

LOS MISMOS. DIEGO MENDOZA

- Diego.* Ya estoy aquí.
Princesa. (Cielo santo!
sin avisar... la órden di
á Garcés: sola creí
hallarme.)
- Diego.* (La causo espanto!)
Princesa. Estais resuelto? (*Bajo á Diego.*)
Diego. Hablaremos. (*Idem.*)
Princesa. (Vamos: mudó de opinion.
Vencióle al fin la ambicion.
Oh, si todos la tenemos!)
- Mont.* Quién es ese hombre?
Princesa. Me ha sido
de Aragon recomendado.
- Mont.* Conque de allí habeis llegado?
Diego. Sí señor, de allí he venido.
(Pronto supo la princesa
inventar una tramoya;
siga pues, aunque arda troya,
que á mí nada me interesa.)
- Princesa.* Teneis el honor de hablar
al conde de Montellano.
- Diego.* Hasta hoy lo pretendí en vano,
pues no lo pude lograr.
Y par diez me alegró mucho
de encontrar esta ocasion,
que así de mi comision
podré enterarle.
- Princesa.* (Qué escucho!)
Mont. A mí?
Princesa. (Qué querrá decir!)
Diego. No sois vos el presidente
del consejo?
- Mont.* Cabalmente.
Diego. Pues vos me teneis que oír.
Me permitiréis, señora...
la ocasion es oportuna,
pues no podré en parte alguna

hablarle mejor que ahora.
De fueros os he de hablar,
y así que me oigais espero;
lo mismo sois consejero
aquí que en otro lugar.

Mont. Del consejo franqueadas
están las puertas, y allí...

Diego. Es verdad; mas para mí
siempre las hallé cerradas.

Princesa. De María en busca voy
yo misma; en tanto podeis
oirle.

Mont. Vos lo quereis...

Diego. Señora, gracias os doy.

ESCENA VIII.

EL CONDE DE MONTELLANO. DIEGO MENDOZA.

Mont. Hablad.

Diego. Me envía Aragon
para reclamar sus fueros;
estos los votos sinceros
de todo aquel reino son.
Hacedlo presente al rey;
con sangre se conquistaron,
y se nos arrebataron
sin justicia y contra ley.
Nuestros derechos preciosos,
señor, hollados los vemos,
justicia seca queremos,
no privilegios odiosos.
Por nuestras antiguas leyes
pedimos ser gobernados,
porque ya estamos cansados
de que las violen los reyes.

Mont. No se os pueden conceder.

Diego. Es justa nuestra demanda.

Mont. Pues el rey así lo manda,
y debéis obedecer.

Diego. Según y conforme. Al rey
cuando la ley reverencia,

es un deber la obediencia ,
 mas no si falta á la ley .
 Que ante ella somos iguales
 lo mismo el rey que el pechero ,
 como ante el Dios justiciero
 lo son todos los mortales .

Mont. En extremo audaz sois vos .
Diego. De franco y libre blasono ,

y sé respetar el trono ,
 pero adorar solo á Dios .

Mont. Su imágen en este suelo
 son los reyes .

Diego. Y ejercer
 deben por eso el poder
 con justicia , ¡ vive el cielo !
 Sus fueros pide Aragon ,
 y concederlos es justo .

Mont. No tal .

Diego. (El hombre es adusto.)

Y decidme , en qué razon
 fundais?...

Mont. Lo reclama asi
 la unidad del reino , y fuera
 si á tal súplica accediera
 destruirla : siempre fui
 muy celoso del poder
 de la ibera monarquía ,
 y se debilitaría
 si os llegára á complacer .

Por tal razon y otras varias
 deben las partes de un todo
 regirse del mismo modo ,
 y no por leyes contrarias .

Pues entonces la anarquía
 se apodera del Estado ,
 y en vez de ser respetado
 desden solo inspiraría .

Diego. Nobles son las intenciones ,
 mas erradas , perdonad ,
 que tambien de libertad
 necesitan las naciones .

Y nada de eso , á fé mia ,

cuando estaba en posesion
de sus fueros Aragon ,
señor conde , sucedia.

Mandaba entonces la ley
y todos la respetaron.

Mont.

Sus abusos obligaron
á quitárselos al rey.

Concederlos nuevamente
fuera un error bien fatal,
que ese ensayo probó mal.

Diego.

Al contrario, fué excelente.

No los debimos perder,
porque de ellos no abusamos;
hoy sí que los reclamamos
por abusos del poder.

Mont.

Las revueltas y anarquía
provocaban.

Diego.

Me sofoca!

Las rebeliones provoca
del poder la tiranía.

Que los pueblos bien regidos
no se sublevar jamás;
esto lo hacen nada mas
los que se ven oprimidos.

Mont.

Pues no debeis molestaros;
que si la fuerza os quitó
los fueros, en vano es...

Diego.

Oh!

Señor conde , hablemos claros.

Si fia en la fuerza... yerra;
que apelar á ella podemos,
y quién puede mas, veremos...

Son atroces en mi tierra!

Y aunque parezca dormido
el leon, no hay que fiarse,
porque será al despertarse
mas terrible su rugido.

ESCENA IX.

LA PRINCESA. MARÍA, *lujosamente vestida*. MONTELLANO.
DIEGO.

Maria. (Ah, el conde!)
Mont. Feliz soy,
pues una esperanza hermosa
que anheló el alma afanosa
realizarse he de ver hoy.
Dispensad. Hablar podemos
mañana con mas espacio.
Diego. Y dónde?...
Mont. Ireis á palacio.
Diego. Me place: allí nos veremos.
(Tarda el alboroto mucho.
Si Pedro no encontraría
la gente?... chasco sería...)
(*Suenan voces confusas del pueblo.*)
Pero ese rumor...)
Princesa. Qué escucho!

ESCENA X.

LOS MISMOS. DON PEDRO COLON.

Maria. Dios mio!
Diego. (Nada temais, (*A María.*)
porque corre de mi cuenta
la funcion.)
Princesa. Colon? Qué es esto?
Colon. Respirar no puedo apenas.
Sabed pues que numerosos
grupos esta casa cercan.
Y qué pretenden?
Mont. Oigamos.
Diego. Mueran. (*Dentro.*)
Voces. Es una friolera!
Diego. Malvados! (*Con indignacion.*)
Mont. Dejados, conde, (*Con calma.*)
Princesa. gritar todo cuanto quisieran.
Pobres gentes! es preciso

que con algo se entretengan.

Colon. (No es mala la diversion.)

Diego. Sabeis que tengo sospechas
(*Despues de haber abierto la ventana, y mirado por ella atentamente, bajo á la princesa.*)

de que el conde Montellano
es el autor de la gresca?

Princesa. Qué decis? (*Bajo á Diego.*)

Diego. De ver acabo (*Idem.*)

que entre los grupos se encuentran
los escuderos del conde.

Oh! los conozco.

Princesa. Pudiera (*Bajo á Diego.*)

ser capaz?...

Diego. De todo cuanto (*Idem.*)

en el poder le sostenga.

(*Esta se tragó el anzuelo.*)

Mont. Ir á palacio me ordena
mi deber.

Diego. (*Acercándose y bajo al conde.*)

(*Estais en vos?*)

Quereis esponeros?

Voces. (*Dentro.*) Mueran.

Diego. (No habeis oido?) (*Bajo al conde.*)

Mont. (*Idem.*) Y á mí?...

Diego. Ah! pues si á vos no interesa, (*Idem.*)

á mí mucho menos; pero
solo os haré una advertencia.

He distinguido muy bien
desde la ventana aquella
circular entre los grupos
criados de la princesa.

Mont. (*Bajo á Diego.*)

Cómo? Vos lo habeis visto?

Diego. Ninguna duda me queda. (*Idem.*)

Eran ellos, y presumo

que no debe ignorar ella... (*Con intencion.*)

Mont. (Qué infamia! Oh! sabré vengarme.)

Maria. (Qué habeis hecho?) (*A Diego.*)

Diego. Esto va en regla. (*A María.*)

(Pues me han enseñado á ser
diplomático en su escuela,

- ya verán cómo he aprendido las lecciones que me dieran.)
- Colon.* A los alborotadores preciso es que se los prenda.
- Princesa.* Prenderlos? Y para qué? (*Con desden.*)
- Mont.* Si por ellos se interesa
(*Con intencion.*)
esta señora...
- Princesa.* (Ah traidor!)
Tau tumultuosas escenas
no me asustan. (*Idem.*)
- Mont.* Oh! lo mismo
me sucede. (*Idem.*)
- Colon.* Se celebra
la boda? Porque el notario
y los testigos esperan.
- Princesa.* Preguntadlo al señor conde. (*Idem.*)
- Mont.* No; la señora princesa
lo decidirá. (*Idem.*)
- Princesa.* (Si opongo
obstáculos, ofendiera
al rey: no, debo ocultar
mi enojo.) Parece cesan
las voces.
- Mont.* Se habrán cansado
de gritar.
- Colon.* Ó acaso teman
que acuda la fuerza armada,
y ya á retirarse empiezan.
- Diego.* (Esto va malo.)
- Princesa.* No creo
que mas dilatarse deba
vuestro enlace.
- Maria.* (Mi esperanza
se desvaneció ligera.)
- Mont.* Como querais.
- Princesa.* Vamos pues
á la capilla, que en ella
todo se halla preparado.
Ven, María.
- Maria.* (Ah!)
- Diego.* (Se la llevan.)

Me he lucido.)

(En el momento de salir María conducida por la princesa, aparece por la puerta secreta Ricardo.)

ESCENA XI.

LOS MISMOS. RICARDO.

- Ricardo. Deteneos!
 Maria. Es él! } (Sorpresa general.)
 Princesa. Gran Dios!
 Diego. (Qué imprudencia!)
 Mont. Se atreve un traidor!...
 Ricardo. María
 no puede, conde, ser vuestra.
 Mont. Qué decís?
 Ricardo. Su amor es mio.
 Princesa. Castigaré su insolencia.
 (A los escuderos que salen.)
 Hola! prendedle al momento.
 Maria. Piedad, señora!...
 Colon. Y que muera
 por traidor al rey Felipe.
 Diego. Cuántos conozco que fueran
 (Con intencion.)
 á igual castigo acreedores!
 Ricardo. No abrigueis tan loca idea.
 No oís al pueblo que aclama
 á Carlos? (Se oye rumor de voces.)
 Mont. Otra vez suenan
 voces.
 Ricardo. Las tropas del rey
 á la capital se acercan,
 mandadas por el marqués
 de las Minas.
 Princesa. (Fatal nueva!)
 Mont. Ningun riesgo me intimida.
 Colon. (A mí sí.) Y cuándo llega (Bajo á Ricardo.)
 nuestro adorado monarca?
 Por disimular fué fuerza
 decir...
 Ricardo. Aquí tú?
 (Bajo á Diego, mirándole con desden.)

Diego.

Silencio. (*Idem.*)

Por qué el pueblo victorea
á don Carlos, si hace poco...

Ricardo.

Mis parciales le rodean, (*Idem.*)
y como el pueblo á gritar
siempre dispuesto se encuentra,
lo que oye decir á aquellos
repite tambien.

Diego.

(*Idem.*) Pues teman
que se canse de gritar
y haga otra cosa de veras.

ESCENA XII.

LOS MISMOS. UN CAPITAN.

Capitan.

(*A Montellano.*) El rey,
mi señor, en busca vuestra
me manda; nada temais,
que ya á la plebe dispersan
mis soldados, y han prendido
del motin á los cabezas.
Parciales eran del Austria.

Ricardo.

(Qué escucho!)

Diego.

(Ahora los cuelgan.
Si habrán cogido á los míos
para hacerles igual fiesta?

Princesa.

Pero el marqués de las Minas?...

Capitan.

Arriesgada era su empresa,
y habiéndolo conocido
se ha vuelto atrás.

Princesa.

Oh sorpresa!

(*Al oficial, señalando á Ricardo.*)
Apoderaos de ese hombre.

Ricardo.

Antes moriré. (*Sacando el acero.*)

Diego.

No piensas
en tu María? Por Dios!...

Ricardo.

(*Lo entrega al oficial.*) Tomad pues.

Colon.

(Su muerte es cierta.)

Ricardo.

(Si sus papeles ahora

(*Mirando el sitio en que los ocultó la princesa.*)
descubriese... mas no es esta

la ocasion.) (*Se lo lleva el oficial.*)

Maria. (En vos confio.) (*Al conde bajo.*)

Mont. No: en la justicia. (*Vase.*)

Maria. (*Aterrada.*) Ah!

Diego. (*Bajo á la princesa.*) Intenta

quitar la vida á ese jóven

mi señora la princesa?

Princesa. Allá veremos, buen Diego. (*Bajo á Diego.*)

Y favorecer intenta (*Con intencion.*)

mis planes el señor Diego?

Diego. Allá veremos, princesa. (*Idem.*)

(*La princesa y María se entran por la puerta de la izquierda, y Diego por la de la derecha.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Salen magnífico de palacio con una columnata que separa á la galería que se distinguirá en el fondo. A la derecha del espectador una puerta que conduce á la cámara del rey.

ESCENA PRIMERA.

*Varios grupos de cortesanos circulan por la galería. En el salon se ven dos separados á alguna distancia. CORTE-
SANOS 1.º, 2.º, 3.º y 4.º*

Cort. 1.º Ya se agota el sufrimiento
al contemplar los desaires
que en mengua de nuestro honor
Felipe quinto nos hace.
Acaba de señalar
al principe de Esterclaes
asiento privilegiado
de nuestro banco delante,
en la capilla.

Cort. 2.º Yo juro
no entrar en ella.

Cort. 3.º Es probable
que yo haga lo mismo.

Cort. 1.º Y yo.

Cort. 4.º Cómo? Seriais capaces
por una causa tan leve?...

Cort. 1.º Leve llamais el nombrarle
de sus guardias capitan?

- Cort. 2.º* A un francés!
- Cort. 1.º* Es un ultraje
á nuestra lealtad: acaso
faltan en España grandes
dignos de ese honor?
- Cort. 2.º* Por Cristo!
que se me enciende la sangre
solo al pensar que á estrangeros
haya podido fiarse
la guardia de nuestros reyes.
- Cort. 1.º* De la guardia capitanes
eran los duques de Sesa
y Lemus; pero al instante
han dimitido su empleo.
- Cort. 2.º* Su accion ha sido laudable.
- Cort. 4.º* Yo opino de otra manera.
- Cort. 1.º* Ya sé que teneis bastantes (*Con intencion.*)
simpatias por la Francia.
- Cort. 4.º* Como vos por los parciales (*Idem.*)
del Austria.
- Cort. 3.º* Callad, señores,
porque la princesa sale.
- Cort. 2.º* El embajador de Francia (*Con ironía.*)
la acompaña.
- Cort. 1.º* Ya. (*Con marcada intencion.*)

ESCENA II.

DICHOS. LA PRINCESA y EL EMBAJADOR *atraviesan la escena; este hace un saludo al cortesano 4.º, y entran en la cámara del rey.*

- Cort. 2.º* Observaste? (*Bajo al 1.º*)
A él solo se ha dirigido
el francés.
- Cort. 1.º* Toma!... No sabes (*Idem.*)
que le compró Luis catorce?
- Cort. 3.º* Notaron que saludaste (*Idem al 4.º*)
al embajador.
- Cort. 4.º* No hagas (*Idem.*)
caso de esos miserables;
están vendidos al oro (*Idem.*)

- de la Inglaterra.
- Cort. 1.º* Qué planes (*Idem.*)
serán los de la princesa
y el embajador? Entráronse
en la cámara del rey.
- Cort. 2.º* Oh! irán á aconsejarle (*Idem.*)
que á los rebeldes que sean
aprehendidos, se los mande
sin piedad al otro mundo.
- Cort. 1.º* Deciden en este instante (*Idem.*)
de los destinos de España
dos extranjeros.
- Cort. 2.º* Me place.
Y que suframos tal mengua!
- Cort. 3.º* Silencio, y pensad que hoy traen
al consejo que en palacio
se reune...
- Cort. 1.º* Ah! no acabes.
Temo que al pobre Ricardo
condenen á muerte.
- Cort. 2.º* Diantre!

ESCENA III.

LOS MISMOS. DIEGO MENDOZA.

- Cort. 1.º* Quién es ese hombre?
- Cort. 3.º* Se entró,
acaso sin saber dónde.
Diego. (Aun no vino el señor conde.)
- Cort. 1.º* A quién buskais?
- Diego.* A vos, no.
- Cort. 1.º* Malicioso es. (*Bajo á los demás.*)
- Cort. 2.º* Mas bien loco. (*Idem.*)
- Cort. 1.º* Bah! de simple trazas tiene.
- Cort. 3.º* Perfectamente nos viene;
que así nos divierte un poco.
- Diego.* (Me miran... pierdo la calma!
Parece han visto una fiera.
Y se rien... bueno fuera
que rompiese á alguno el alma!)
- Cort. 1.º* Cómo hasta aquí habeis entrado?

- Diego.* Qué pregunta! por la puerta:
esta claro, la hallé abierta,
y por ella me he colado.
- Cort. 4.º* ¿Sabéis que en palacio estais?
- Diego.* Al entrar lo sospeché,
porque el tufillo noté
de la lisonja.
- Cort. 2.º* Escuchais? (*Bajo á los demás.*)
El simple se va explicando.
- Cort. 1.º* Y á qué venis?
- Diego.* Sois, señor,
de palacio el confesor?
(*El hombre me va cargando.*)
Mas me precio de cortés,
y tanta curiosidad
satisfago así, escuchad.
- Cort. 3.º* Al fin nos dirá quién es.
- Diego.* (*Con rapidez.*)
Me llamo Diego Mendoza,
tengo padres, soy soltero,
al de Montellano espero,
y he nacido en Zaragoza.
- Cort. 1.º* Y es cierto que en Aragon
el austriaco se proclama?
- Diego.* Aragon por fueros clama,
este es su único pendon.
Si se los concede el rey
Felipe, le sostendrá,
pues se quiere por allá
que mande solo la ley.
- Cort. 4.º* Sin embargo, mas se inclina
á don Carlos, segun vemos,
porque noticias tenemos
de que allí el Austria domina.
- Diego.* Los extranjeros!... jamás!
porque el libre aragonés
no es austriaco ni francés;
sino español, nada mas.
- Cort. 4.º* Qué entendéis de la estrangera
politica? hay relaciones
entre todas la naciones,
y mengua á la España fuera

- ser con Francia desdeñosa
debiéndola proteccion.
- Cort. 2.º* Tambien con nuestra nacion
la Inglaterra es generosa.
- Diego.* Pues yo entiendo que la España
no necesite andadores,
y puede pasar, señores,
sin la Francia y la Bretaña.
Qué debemos á las dos?
Con máscara de aliados
sus odios inveterados
quieren vengar, vive Dios!
Ambas sumision exigen,
y por campo de batalla
cuando su rencor estalla
nuestro fértil suelo eligen.
Nuestros campos y sol bellos
envidian, y en su furor
quieren que anuble el vapor
de la sangre sus destellos.
Hoy mismo de horrible guerra
están el foco atizando,
Francia á Felipe apoyando,
y al austriaco la Inglaterra.
Y que hace la gran Bretaña?
quitarnos á Gibraltar.
Y la Francia? bombardear
nuestras ciudades de España.
- Cort. 4.º* Que se ofenda no consiento
tan magnánima nacion.
- Diego.* Peor para vos, que son
verdades las que yo cuento.
- Cort. 4.º* Qué entiende de eso el villano?
- Diego.* Detenga el señor la lengua,
que sufrir tuviera á mengua
injurias de un cortesano.
De nobleza os jactais vos,
y estriba en vuestros blasones;
yo la fundo en mis acciones...
cuál vale mas de las dos!
- Cort. 4.º* Contigo mi honor consiente
que me compares?

- Diego.* No tal. (*Con ironía.*)
Si á vos no me juzgo igual...
superior sí.
- Cort. 4.º* Insolente!
tu audacia he de castigar,
(*Hace ademán amenazador, y Diego enarbola el puño.*)
- Diego.* Eh! atrás... ó... me contengo,
pues sino que razon tengo
os habia de probar.

ESCENA IV.

LOS MISMOS. MONTELLANO.

- Cort. 2.º* El conde llega.
- Diego.* Podré (*A Montellano.*)
hablaros?
- Mont.* Mucho lo siento,
mas ahora...
- Diego.* Oh! sí, un momento;
es muy urgente.
- Mont.* Os oiré.
- Cort. 1.º* (*A los otros.*)
Qué hacemos? Salgamos fuera.
- Cort. 2.º* Habla con el conde.
- Cort. 3.º* Espía
debe ser; cuando os decia
que sospechoso el tal era!

ESCENA V.

MONTELLANO. DIEGO.

- Mont.* Hablad pues.
- Diego.* Os dije ya
cuál era mi comision.
- Mont.* Sí, los fueros de Aragon.
No lo olvidé.
- Diego.* Bien está.
Pero ahora tratar debo
de asunto mas importante,
y que me oigais un instante

- á suplicaros me atrevo.
Mont. De otro asunto á mí?
Diego. Sí tal.
 De vos depende la suerte
 de un hombre; su vida ó muerte,
 y ese hombre es vuestro rival.
 Recordar no necesito
 su nombre, vos le sabeis,
 y hoy condenarle debeis
 por rebelde... es su delito.
Mont. Esclavo de la ley soy,
 y nunca la he de violar;
 si pudo á la ley faltar
 que sufra su rigor hoy.
Diego. Generosos sentimientos
 vuestro corazon abriga,
 y no querreis que se diga
 los hizo el amor violentos.
Mont. Lo que juzgue la malicia
 miro con indiferencia,
 pues me basta mi conciencia
 si procedo con justicia.
 Y creed que en este suelo
 á esa deidad solamente
 rindo culto reverente
 por ser imágen del cielo.
Diego. Y si á muerte le condena
 el consejo!...
Mont. Morirá.
 El alma lo sentirá;
 pero mi deber lo ordena.
Diego. Esa idea me estremece!
 Oh! no lo puedo creer.
 Y dejareis perecer
 á ese jóven?
Mont. Lo merece.
 Mucho interés he observado
 que os inspira.
Diego. Cómo no?
 mi madre el pecho le dió,
 juntos nos hemos criado.
 Sus padres perdió al nacer,

y al verle solo en el mundo,
 me inspiró amor tan profundo
 que él es mi único querer.
 Pues aunque con sus blasones
 contrastaba mi humildad,
 igualó la voluntad
 tan distintas condiciones.
 Señor, no seais cruel
 con ese hermano querido!
 como antes que él he nacido
 me toca velar por él.
 Es tan mozo!... y á su edad
 quién faltas no cometió!...
 Si muriera... entonces... oh!...
 haria una atrocidad!
 Mas sentencia tan horrible
 no firmará vuestra mano.
 Fué traidor al soberano!
 Ah! perdonadle!

Mont.

Diego.

Mont.

Diego.

Imposible!

Imposible! qué decis?
 y no le perdonaréis?
 Luego que muera quereis?
 Es mi hermano! no lo oís?
 mi hermano á quien tanto adoro!
 por quien mi sangre daria,
 y á quien ama el alma mia
 como avaro á su tesoro.
 Sino fuera profanar
 la religion que venero,
 diria que igual le quiero
 á la Virgen del Pilar

Mont. Traidor á su rey ha sido;
 pensarlo me causa horror,
 porque es el crimen mayor
 para quien noble ha nacido.

Diego. Como querais... no me aferro
 en disculparlo: ha faltado
 á su rey; pero ha purgado
 bastante, señor, su yerro.
 Y tan horrible castigo
 por una falta aunque grave!...

En pechos nobles no cabe
vengarse de un enemigo.

Vamos, señor, no se diga
que perdonar no sabeis.

Mont.

En vano es me supliqueis.

La justicia á ello me obliga.

Diego.

Y hay justicia que os ordene
á mi hermano arrebatarme?

Mirad que sabré vengarme,
y truene por donde truene.

Perdonad... pierdo el sentido,
y lo que digo no sé.

Tan jóven morir veré

á un hermano tan querido!

Si de sangre estais sediento,

y la mia os satisface,

vertedla toda si os place,

que yo moriré contento.

Pero él que á vivir empieza

siendo amado!... dispensad...

dije una barbaridad!

no os ofenda mi torpeza.

Salvadle por compasion!

no con rigor inhumano

quiteis la vida á mi hermano...

ó arrancadme el corazon!

Y si generoso obráis

podeis disponer de mí;

seré vuestro esclavo... sí:

seré... lo que vos queráis!...

ESCENA VI.

LOS MISMOS. LA PRINCESA y EL EMBAJADOR, *que salen de
la cámara del rey.*

Mont.

(La Ursini y el francés... Hola?)

Diego.

(Pues señor, nada logré...

A la princesa hablaré

apenas se quede sola.)

ESCENA VII.

LA PRINCESA. MONTELLANO. EL EMBAJADOR.

- Princesa.* Oh! Señor conde!...
- Embaj.* (Me enfada.)
- Mont.* En veros tengo un honor,
como al noble embajador
de nuestra fiel aliada.
- Embaj.* Gracias os doy; la honra es mia
al ver al ilustre conde
que tan fino corresponde
á mi tierna simpatía.
- Mont.* A la gratitud jamás
falto, y os la debo á vos.
- Princesa.* (Ignoro cuál de los dos
aborrece al otro mas.)
- Mont.* Vuestro soberano augusto,
que Dios guarde, salud goza?
- Embaj.* Oh! completa.
- Mont.* Me alborozá,
que es un gran rey.
- Embaj.* Sois muy justo.
Pues de Luis catorce el nombre
en letras de oro la historia
grabará porque su gloria
no puede eclipsar otro hombre.
Se desvela por la Francia
y por la España tambien,
aunque conoce muy bien
de esta nacion la ignorancia.
- Mont.* De españoles verdaderos,
no de sabios blasonamos;
pero no necesitamos (*Con intencion.*)
nos enseñen estrangeros.
- Princesa.* (*Con ironía.*)
Vuestro genio superior
no lo necesitará;
pero la España quizá...
- Embaj.* Os ofusca el patrio ardor.
Si quiere ser respetada
por la Europa, y adquirir

grandeza , debe seguir
 los consejos de su aliada.
 Pues sirviéndola de guia
 Luis catorce...

Mont.

Os engañais.

En tal oprobio pensais
 que yo consentir podria?
 Consejero del rey soy,
 y aborrezco los amaños;
 asi consejos á estraños
 ni los pido ni los doy.

Embaj.

Alguna vez en la vida
 acaso los anheleis.

Mont.

Pues bien; guardarlos podeis
 para cuando yo los pida.

Embaj.

Es mucha vuestra arrogancia!

Mont.

Juzgadlo como querais;
 pero es preciso sepais
 que esta es España y no Francia.

Serían muy apreciados
 vuestros consejos allí,
 mas no lo fueran aquí...
 estamos tan atrasados...

Lo mismo los pueblos son
 que las familias, y es justo
 se gobiernen á su gusto,
 y no al de estraña nacion.

Pues si á estrañera influencia
 someten su voluntad,
 deshonoran su dignidad,
 vendiendo su independenciam.

Princesa.

No pueden hoy las naciones
 obrar de otro modo, y creo
 que os engaña el buen deseo.

Mont.

Vereis si son ilusiones.
 Oh! de todas será amiga
 la monarquía española,
 mas quiere regirse sola,
 y espero que lo consiga.

No há mucho, en quanto el sol baña
 resonó el nombre español,
 pues no se ponía el sol

en los dominios de España.
 No há mucho , asombro del mundo
 fué la vasta monarquía
 que en sus hombros sostenia
 el gran Felipe segundo.
 Entonces nuestros pendones
 do quier victoriosos fueron ,
 y á nuestras plantas sirvieron
 por alfombras las naciones.
 Entonces era acatado
 nuestro mandato cual ley,
 que era España el pueblo rey.

Embaj.

Mont.

Pero hoy es rey destronado.

Ved la razon porque quiero
 que recobre la corona.

Embaj.

Mont.

Es mucho lo que ambiciona. *(Con intencion.)*

Pues mas conseguir espero. *(Idem.)*

Embaj.

Mont.

Aun mas? Dudándolo estoy.

Sobre negocios de Estado
 solo el consejo nombrado
 haré que hable al rey desde hoy.

Embaj.

Princesa.

Lo entendeis? *(Bajo á la princesa.)*

Sí. Colon viene. *(Idem.)*

Mont.

Pero el consejo me espera.

Princesa.

Hareis que ese traidor muera?

Mont.

Lo que la justicia ordene.

Embaj.

Morirán sin distincion
 cuantos fueron aprehendidos?

Mont.

No todos; que los vencidos
 tambien españoles son.
 Y no hemos de derramar
 su sangre con tanta saña,
 porque es nuestra , y en España

(Con intencion.)

la debemos apreciar.

(Hace una profunda cortesía: Colon, que sale al mismo tiempo, le saluda, y el conde se retira mirándole con desden.)

ESCENA VIII.

LA PRINCESA. COLON. EL EMBAJADOR.

- Embaj.* Oísteis con qué altivez
nos contestó?
- Colon.* Insolente!
- Princesa.* Oh! yo he de abatir su orgullo;
veremos, conde, quién vence.
- Embaj.* No hay que perder tiempo; hoy mismo
el rey apartarlo debe
de su lado.
- Colon.* Sí, no hay duda,
esto es lo mas conveniente.
(Secretario del consejo
no quiso nombrarme.)
- Princesa.* Tiene
tanta repugnancia á hacerlo
el rey... Vos sabeis que siempre
que se le habla de ese asunto
se opone...
- Embaj.* Mas fácilmente
se le podrá convencer.
Cuando yo indirectamente
le manifieste no goza
la simpatía mas leve
con mi señor Luis catorce,
ya casi dispuesto halléle
á retirar su confianza
al conde; y si no enmudece
vuestro labio, os aseguro
triunfamos completamente.
- Princesa.* Fué preciso no infundirle
sospechas.
- Colon.* Y no se puede
por otro medio?...
- Princesa.* Veremos.
Felipe romper no quiere
la alianza conque unido
se halla á Francia, y me parece
que insistiendo otra vez, nuestro
será el triunfo ciertamente.

Embaj. Ved que urge mucho le habéis muy presto; si se mantiene en el poder Montellano, ese hombre sabrá oponerse á nuestros planes, y entonces todo, señora, se pierde.

Colon. El señor embajador dice muy bien; nos conviene que cuanto antes...

Princesa. Ahora mismo intento volver á verle.

Embaj. Pues lo dejo á vuestro cargo. Señora... (*Retirándose.*)

Princesa. Hasta despues.

ESCENA IX.

LA PRINCESA. COLON.

Colon. Plegue al cielo que vuestro plan realiceis.

Princesa. Quizá no os pese. Y sigue aun encomendada la custodia del rebelde Ricardo?...

Colon. Al mismo, señora, que á vos tan solo obedece, os lo debe todo.

Princesa. Bien. Es preciso se apodere de la llave que entregué á Ricardo, y aun la tiene en su poder.

Colon. Lo hará así.

Princesa. El sitio do los papeles oculté no pudo ver, y estando preso, quién teme?... Sin embargo, es necesario que muera; si descubriese nuestro secreto...

Colon. Qué importa?

nadie lo creerá; carece
de pruebas.

Princesa.

Es cierto; pero...

Colon.

Nada en que muera se pierda.
No es aquel Diego Mendoza?

Princesa.

El mismo, y á hablarme viene.
Dejadme sola con él,
que este hombre servirnos puede.

ESCENA X.

LA PRINCESA. DIEGO MENDOZA.

Diego.

Señora...

Princesa.

En palacio vos?...

Qué causa os pudo obligar
á pisar estos umbrales,
que vos con desden mirais?

Diego.

Solo por veros, señora.

Princesa.

A mí? Qué quereis? Hablad.

Diego.

Os ruego, ilustre princesa,
por un hombre intercedais.
Vos sola podeis salvarle,
si ese consejo fatal
le condena á muerte.

Princesa.

Entiendo.

Que me interese anhelais
por un traidor que á María
tuvo la audacia de amar
arreatándola al conde
al pie del ara nupcial?
No, imposible! Mis proyectos
para la felicidad
de María ha destruido,
á su rey fué desleal;
pues bien, que de ambos delitos
sufra el castigo á la par.

Diego.

En vuestro pecho no puede
caber tanta crueldad.

Cómo, siendo tan hermosa,
le castigais por amar!

Princesa.

Si fuérais tambien del Austria

- partidario vos...
Diego. Jamás.
 Nací en España, y de España
 partidario soy no mas;
 pero es mi hermano de leche
 ese mozo infeliz...
Princesa. Ah!
Diego. Y por salvarle la vida
 de todo fuera capaz.
Princesa. (Discurro... sí!) Solo un medio
 teneis para libertar
 á Ricardo.
Diego. Un medio! Y es...
Princesa. Reunido el consejo está
 para escuchar sus descargos,
 habladle vos, y lograd
 que acuse al de Montellano
 de ser del Austria parcial...
Diego. Y prometeis...
Princesa. Su perdon
 del rey Felipe alcanzar.
 (Después yo sabré privaros
 de que ambos me descubrais.)
Diego. (Así verle lograré.)
Princesa. Conque os decidís?
Diego. Contad
 conmigo. Mas por qué medio
 podré verle?
Princesa. (Alto.) Capitan?

ESCENA XI.

LOS MISMOS. EL CAPITAN.

- Princesa.* Dónde se encuentra el rebelde?
Capitan. Del consejo á salir va.
Princesa. (Entró ya... pero no importa.)
 Si al conde jura acusar (A *Diego.*)
 le oirá otra vez el consejo.
 Traedle aquí. (Al *capitan.*)
Capitan. Bien está.

Princesa. Dejadle hablar con este hombre: (*Idem.*)
su muerte... ó su libertad. (*Bajo á Diego.*)
(*La princesa entra en la cámara del rey.*)

ESCENA XII.

DIEGO MENDOZA.

La princesa es una alhaja...
extranjería al fin, capaz
de deshacerse de cuantos
quieran á España elevar
haciéndola independiente
del francés é inglés rival.
Estos extranjeros piensan
que es muy fácil sobornar
á todos los españoles,
porque por desgracia aun hay
algunos que venden viles
el honor y dignidad
de su patria; mas no todos
cometen infamia igual,
que en España todavía
hay honradez y lealtad.

(*El capitán y guardias conducen á Ricardo hasta las
columnas: allí se separan.*)

ESCENA XIII.

DIEGO MENDOZA. RICARDO.

Diego. Ricardo!
Ricardo. Hermano querido!
A quién debo dicha igual?
Diego. A la de Ursini.
Ricardo. Cómo!... ella...
Diego. Si; me acaba de encargar
una comision.
Ricardo. A tí?
Diego. Te sorprendes, no es verdad?
Si te condena el consejo...
Ricardo. Juzgo, hermano, que lo hará;

y en ello obrará en justicia
y no me podré quejar.

Diego. Pues bien, salvarte pretende
la Ursini.

Ricardo. Un ardid será.

Diego. Mas con una condicion.
Y es que al conde has de acusar
de que tambien conspiraba
contra Felipe.

Ricardo. Jamás.

Supe como caballero
en el campo pelear;
mi acero esgrimir quisiera
tambien contra mi rival
frente á frente hasta morir;
pero herirle por detrás,
la mano me cortaria
si la juzgára capaz
de cometer tal infamia.

Diego. Bien! así me gustas... Ah!
un abrazo!... Bien sabia
que antes que hacer tal maldad
tú la muerte prefirieras.
Hé aquí un español leal!
Muere al menos como honrado,
que yo te sabré vengar!

ESCENA XIV.

MARÍA. DIEGO. RICARDO.

Ricardo. Cielos! qué miro! María!...

María. Ricardo! tú aquí?

Ricardo. Ignorabas...

María. A ver al conde venia.

Ricardo. Qué oigo! A mi rival buscabas?
Quién, ingrata, lo diria!

María. Qué sospecha tan cruel
tus labios han proferido
llenando mi alma de hiel,
que en tí pensaba, no en él,
cuando á buscarle he venido.

Diego.

(Pobrecilla! me conmueve!
Y si la sorprende alguno...
yo veré... aquí sobra uno,
que hablarle de su amor debe
y no he de ser importuno.)

(*Se retira hacia las columnas, desde donde está observando.*)

Ricardo.

Qué oigo! Pensabas en mí?
Mas por qué hablarle querías?

Maria.

Para pedirle por tí,
y al ver las lágrimas mías
que te salvase creí.

Ricardo.

Al conde tú suplicar?

Maria.

Por tu vida; es mi deber.

Ricardo.

Jamás; quiero perecer
antes que obligado estar
á quien tu esposo iba á ser.
Y qué me importa morir
si la patria que amo tanto
la miro esclava gemir,
y ya no puedo acudir
á vengar su amargo llanto?

Maria.

Que no te importa la muerte,
dices, ingrato? y mi amor?
por qué me hablas de esta suerte,
si la idea de perderte
es mi tormento mayor?
Si desde que preso estás,
cual mi sombra misteriosa
do quier me sigue y acosa,
sin disiparse jamás
imágen tan horrorosa.
Pues si apacible ilusion
al dulce sueño entregada
agita mi corazon,
bien pronto en llanto bañada
me despierta la vision.
Ni un momento el alma mia
logra se calmen sus males,
pues la luz del claro dia,
como la noche sombría,
á mi dolor son iguales.

Tan profundas son las huellas
 del pesar que me devora ,
 que sin que se borren ellas
 miro morir las estrellas
 y miro nacer la aurora.
 Ah! no puedes comprender
 lo que padezco por tí:
 si no lo quieres creer,
 que te lo diga por mí
 el llanto que ves correr.

Ricardo.

Perdon , si llegué á ofenderte !
 que es mi delirio adorarte ,
 y así aunque me dén la muerte
 me harán sin duda perderte ,
 mas no que pueda olvidarte.
 Pues si el alma es inmortal ,
 y grabó amor en la mia
 tu imágen angelical,
 cómo olvidarte podría
 en la mansion eternal !
 Quiere que nos separemos
 el inhumano destino
 porque tanto nos queremos ;
 tambien nos encontraremos
 de la gloria en el camino.
 Nuestras almas se unirán
 en el trono del Señor ,
 é impedir las no podrán
 que se amen con tierno afán ,
 porque allí reina el amor.

Maria.

Qué estás diciendo ? has creído
 se atrevan á condenarte ?
 Por qué á Madrid has venido ?
 Mi amor , mi amor te ha perdido.
 El corazon se me parte.
 Sin ver tu imágen querida
 fuera el alma que te adora
 flor del tallo desprendida ,
 que no acaricia la aurora
 en la aurora de su vida.
 Mas no conseguirán , no ,
 separarnos ni un momento ,

:

- que tu amor es mi alimento ,
y tambien moriré yo
si no respiro tu aliento.
- Diego.* El capitán va á llegar, (*A María.*)
y si ve que habla con vos...
- Ricardo.* Nos debemos separar.
- María.* Tan presto ?
- Diego.* No hay que tardar.
- Ricardo.* María!
- María.* Ricardo!
- Ricardo.* Adios!
- Si me prestas un servicio (*Bajo á Diego.*)
haré por mi patria amada
el último sacrificio ;
aunque muera en el suplicio
quedará al menos salvada.

ESCENA XV.

LOS MISMOS. EL CAPITAN.

- Capitan.* Seguidme : el consejo ya
ha terminado.
- Diego.* Un momento. (*Al capitán.*)
- María.* (Gran Dios! qué habrá decidido!)
- Diego.* Estoy á todo dispuesto. (*Bajo á Ricardo.*)
- Ricardo.* (Solo el amor á mi patria
puede obligarme... no debo
vacilar.) Toma esta llave,
y este papel leerás luego. (*Se los dá.*)
Si seguir mis instrucciones
me prometes...
- Diego.* Dudas de ello ?
Aunque me cueste la vida,
qué no haré por tí! (*Abrazándole.*)
- María.* (Yo tiemblo!)
- Ricardo.* Oh! gracias, hermano! (Ahora
tranquilo la muerte espero.)
(*Por un lado se llevan los guardias á Ricardo; por el
otro sale el conde.*)
- Diego.* (Ah! el conde Montellano!)
(*Empieza á leer el papel; pero al ver al conde lo guarda.*)

ESCENA XVI.

MONTELLANO. DIEGO. MARÍA, *retirada á un lado del teatro.*

- Mont.* Aun en palacio os encuentro!
Qué aguardais?
- Diego.* Salvar la vida
de Ricardo.
- Mont.* Ya no es tiempo.
La justicia le condena;
por su alma rogad al cielo.
- Diego.* Su muerte!
- Maria.* Gran Dios!
- Mont.* Qué escucho!
- Diego.* María!... (*Viéndola.*)
Solos los dejo.
Si no le vencen sus lágrimas
tiene el corazon de acero.

ESCENA XVII.

MONTELLANO. MARÍA.

- Maria.* Decid que me he engañado, que no es cierto
lo que acabo de oír; en vos no cabe
tan horrible crueldad; sois generoso,
y un pecho noble aborrecer no sabe.
Volved al mio la perdida calma,
pues no querreis que apure hasta las heces
el hondo cáliz del dolor del alma.
- Mont.* Señora...
- Maria.* Ese silencio es horroroso.
Habeis sido capaz... no, no lo creo,
me estremece el pensarlo... Dios piadoso!
En vuestro rostro su sentencia leo.
- Mont.* A qué ocultarlo ya? Si, la justicia
acaba de cumplir deber terrible;
á su rey fué traidor, dejar impune
ese crimen, María, era imposible.
El suplicio mil veces prefiriera
antes que hollar la magestad augusta

Maria.

de la ley; ella le condena á muerte,
y la sentencia que la impone es justa.
A muerte! Santo Dios! y habeis podido
ejercer un rigor tan inhumano,
y al firmar vos tan bárbara sentencia
no lanzó vuestro pecho algun latido,
ni tembló vuestra mano
al grito aterrador de la conciencia?

Mont.

Le amaba, y este amor es su verdugo;
mas no creáis aunque la tumba helada
encierre sus cenizas que se borre
de mi pecho su imágen adorada,
pues si mi amor á muerte le condena
con él sabré morir, que al alma mia
es la única ilusion que la enagena.
(Cuánto le adora!) Sin razon, María,
una sospecha injusta vuestro labio
de proferir acaba. Me avergüenzo
al oír que me haceis tan torpe agravio.
Pude abrigar la mágica esperanza
de obtener vuestra mano, y esa idea
de dulces sensaciones en mi pecho
nacer hizo un raudal, mas la venganza
al ver que se ha deshecho
una ilusion de amor encantadora
caber no puede en nobles corazones,
y el mio, sí, María... aun os adora.
No temais, no, que insulte vuestra pena
pidiendo á un alma á mi pasion tan fria
emociones de amor; en vuestros ojos
no hay llanto para mí; mengua sería
provocar sus enojos
por vengar un desden; mas permitidme
la queja alguna vez. Aunque entregado
á los graves negocios del Estado,
tambien mantuve la esperanza viva
de rendir homenaje á la belleza,
y en la vuestra quedó mi alma cautiva.
Por qué, si no me amaba vuestro pecho,
lo calló vuestro labio? entonces era
el universo á mi ambicion estrecho,
y la gloria, el poder y la fortuna

halagaron mi ardiente fantasia ,
 porque anhelaba que mujer alguna
 no pudiera brillar cual vos , María.
María. Qué os debo contestar ? El deber , conde ,
 selló mis labios ; perdonad... no he sido
 de tan sublime amor merecedora ,
 de otro mi corazon estaba henchido ,
 y apagar no podia
 la llama abrasadora
 que fué la luz de la esperanza mia.
 Fué mi primer amor , ilusion bella
 que en infantil edad soñó mi mente ,
 y en el alma grabó profunda huella.
 Su mágico recuerdo
 del corazon aumenta los dolores ,
 que hoy para siempre la esperanza pierdo ,
 y marchita la flor de mis amores ;
 permitid , conde , que mi amargo llanto
 consagre al menos al que adoro tanto !
Mont. Enjugadle , María. Es muy dichoso ,
 y no debe morir.

María. Gran Dios ! Acaso...

Mont. Su vida salvaré.

María. (Cuán genéroso !)

Cómo os podré pagar?...

Mont. Me ha arrebatado
 la dicha que anhelé... probaros quiero
 que si cumplí el deber de magistrado ,
 cumplir ahora sabré el de caballero.

ESCENA XVIII.

LOS MISMOS. DIEGO MENDOZA. COLON, *por el fondo*, *des-*
pues de haber oido los últimos versos del conde.

Diego. Qué mucho ! nobleza igual !...
 El conde me ha sorprendido.
 Este , sí , noble ha nacido ,
 pues procede como á tal. (A Colon.)

LOS MISMOS. LA PRINCESA, *que sale de la cámara del rey.*

Princesa. (*Bajo á Colon.*) Triunfamos.
Tú aquí? (*A María con enojo.*)

María. Señora...

Princesa. (*Mirando al conde.*)
Comprendo.

Mont. (*Bajo á María.*)
Le salvaré.

Su perdon alcanzaré
del rey; voy á verle ahora.

Colon. (*Bajo á la princesa.*)
Ha prometido salvar
la vida...

Princesa. Lo he adivinado. (*Idem.*)
(Me quedo. En ver humillado
su orgullo quiero gozar.)

Colon. Si le oye el rey... (*Idem.*)

Princesa. (*Idem con ironía.*) Podrá ser...

Colon. Que se logre su deseo
no creéis? (*Idem.*)

Princesa. (*Idem.*) Yo nada creo,
sino lo que vais á ver.

(*Montellano, que durante los anteriores versos se ha dirigido á la cámara del rey, toca á la puerta, que abre un gentil-hombre.*)

Gentil. Señor, no podies entrar.

Mont. Os burlais? Quién lo ha mandado?
(*Mirando con ironía á la princesa.*)

Gentil. (*Le dá un pliego.*)
El rey os ha exonerado.

Diego. Qué oigo!

María. Ah!

Princesa. Me logré vengar.
(*Se lleva á María.*)

ESCENA XX.

LOS MISMOS *y* EL GENTIL-HOMBRE, *menos* MARÍA *y* LA PRINCESA.

- Gentil.* (*Dá un pliego á Colon.*)
Tomad.
- Colon.* (*Mirando el sobre.*)
A mí? Y dice urgente.
Qué veo! Ah! (*Lée.*)
- Diego.* (*Por qué se asombra!*)
- Mont.* Me exonera el rey.
- Colon.* Me nombra
del consejo presidente.
- Mont.* (*Al gentil-hombre.*)
La voluntad de mi rey
es sagrada y la venero,
que no es noble caballero
quien no la acata cual ley.
(*Se retira el gentil-hombre.*)
Mucho y pronto habeis subido; (*A Colon.*)
al mérito corresponde,
y el vuestro... (*Con intencion.*)
- Colon.* Mil gracias, conde... (*Idem.*)
- Mont.* De todos es conocido.
Me complace por mi vida
tengais tanta proteccion;
por ciertos medios, Colon,
es muy fácil la subida;
mas la caída evitad. (*Idem.*)
- Colon.* Quanto dependa de mí
la retardaré, y así,
señor conde, descuidad.
- Mont.* Es... que suceder pudiera
que os fuera la suerte ingrata; (*Idem.*)
porque, quien á hierro mata
es fácil que á hierro muera.
(*Vanse los dos.*) •

ESCENA XXI.

DIEGO MENDOZA.

De palacio intrigas son.
Qué enredo y qué baraunda !
Haber nombrado á Colon
es la mejor eleccion
para que la España se hunda.
Y el otro ha de parecer,
que es lo que mas me interesa ?
Se me ha olvidado leer...
(Saca el papel que le dió Ricardo.)
Pero, qué miro!... Ah! Princesa !
aun os tengo en mi poder.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

La misma decoracion del 4.º y 2.º acto.—El teatro aparece oscuro.

ESCENA PRIMERA.

DIEGO MENDOZA *por la puerta secreta, embozado, y con una linterna oculta debajo de la capa.*

Perfectamente: las señas
que contenia el papel
me han conducido al salon.
Si la caja encontraré
que la traicion patentiza
de la princesa? Par diez
que está oscuro; en proveerme
de esta linterna hice bien.
A mano izquierda... detrás
de un escudo... se halla en él
un resorte... sí, no hay duda:
este el sitio debe ser.
Si á sorprenderme llegáran...
Bah! nada se oye: hora es
en que estará la princesa
en palacio; á anochecer
ha empezado no hace mucho,
y no hay tiempo que perder.
Ah! no me engañé... la caja:

(Encuentra el resorte y se abre el escudo.)

felizmente la encontré.

Si estará vacía... Hola!

(*La saca, y examina los papeles á luz de la linterna.*)

El gabinete francés

y los duques de Borgoña

y Orleans entran tambien

en la trama... la aconsejan

debe del lado del rey

apartar á Montellano,

porque contra el interés

de la Francia los destinos

rige de España... Muy bien!

Examinaré los otros

mas despacio, pues logré

lo que queria. Ah! franceses!

á la España pretendéis

dominar á vuestro antojo;

chasco os lleváis esta vez,

porque á tierra vuestros planes

echará un aragonés.

Siento pasos... y traen luces...

si me llegáran á ver...

Cielos! se acercan... aquí

(*En el oratorio.*)

puedo ocultarme.

(*Un escudero coloca un candelabro en la mesa y se retira. Diego vuelve á salir.*)

Se fué:

antes que venga algun otro

me voy á marchar tambien.

(*Va á marcharse y sale la princesa.*)

ESCENA II.

LA PRINCESA. DIEGO, *embozado.*

Princesa. Todo va bien. Aquí un hombre! (*Al verle.*)

Diego. (La hice buena. Me pilló.)

Princesa. Quién sois?

Diego. No me conoció?

Bah! señora, no se asombre.

Princesa. Es Mendoza!... (Yo sabré...)

- Diego.* El mismo. Os ha sorprendido?
Estoy... pues... porque he venido...
Digo... por... (me he aturullé.) (*Turbado.*)
- Princesa.* Quién os condujo hasta aquí?
Presumo que entrar os vieron,
pero nada me dijeron
mis criados.
- Diego.* Lo creo así.
- Princesa.* Por eso á llamarlos voy,
y me esplicarán ahora...
- Diego.* Oh! no os molesteis, señora:
vo os diré... (sudando estoy.
En qué lio me metí?
mas qué importa? á lo hecho pecho,
dice el refran.)
- Princesa.* Qué sospecho!
Si habrá entrado por allí?
(*Mirando á la puerta secreta.*)
Decid pronto. Mas qué haceis?
- Diego.* Nada: las puertas cerrar,
porque alguien puede escuchar
lo que vos sola oir debeis.
- Princesa.* (Qué será?)
- Diego.* (Ya estoy seguro.)
(*Despues de haber cerrado la puerta.*)
Ahora escuchadme atenta.
- Princesa.* (Mas mis dudas acrecienta.)
- Diego.* (He salido del apuro.
Salvar puede la osadía
á Ricardo.) Conoceis
esta caja? (*Se la muestra.*)
- Princesa.* Oh Dios! Me habeis
robado? Tal villanía...
Temed pues mi indignacion.
(*Se dirige á la puerta.*)
- Diego.* Deteneos. O si abris,
por esta puerta... (*Abre la secreta.*)
- Princesa.* (Ah!) Huis?
- Diego.* Es solo una precacion.
- Princesa.* Y no os aterra el castigo
que tan torpe accion merece?
- Diego.* Calmaos: no me parece

- que obrareis así conmigo.
Princesa. Pensais podré perdonar
 à quien mi enojo provoca?
Diego. No abrigo ilusión tan loca,
 que eso fuera delirar.
 Pero otra cosa mantiene
 mi esperanza.
Princesa. Qué creéis?
Diego. Que castigar no podéis
 à quien esta caja tiene.
Princesa. La caja... Oh rabia! Qué oí?
 En ella vuestra esperanza
 fundais? Mi mente no alcanza...
Diego. No lo comprendéis? Yo sí.
Princesa. (Oh! la ira me ciega.) Estoy
 mas confusa cada vez.
 Si no me explicais...
Diego. Par diez
 que algo torpe os encuentro hoy.
 Es en vano, perdonad,
 que intenteis fingir conmigo;
 si he de hablaros como amigo
 el disimulo dejad.
 Hablemos pues francamente,
 que el tiempo se pierde así,
 y bien sabéis vos que aquí
 (Señalando la caja.)
 vuestra trama está patente.
 Revelan cartas, señora,
 que sois de Francia instrumento;
 conque cese el fingimiento.
Princesa. (Perdida soy, nada ignora:
 usar de astucia conviene.)
 Fué necia la presuncion.
 Cartas de familia son
 las que esa caja contiene.
Diego. Ocurrencia peregrina!
 Es condicion de mujer.
 Lo que yo acabo de ver
 aun en negarme se obstina?
Princesa. Vos habeis visto?...
Diego. Pues no?

Las lei de cabo á rabo.

Princesa. La curiosidad alabo! (*Con enojo.*)

Diego. Acaso soy lerdo yo?

Vamos; ya nos conocemos,
y es inútil la porfia;
por mi parte os propondria
que en transacciones entremos.

Princesa. Y tal me osais proponer?

Que transijamos los dos!
Y de mi esfera hasta vos
pudiera yo descender?

Diego. Por qué no? en la suerte estriba,

que altera todo á destajo,
y á los que se hallan debajo
coloca á veces arriba.

Y no hallo la diferencia
en semejante ocasion,
que esta capitulacion
es de potencia á potencia.

Princesa ilustre sois vos,
y yo un humilde pechero;
pero ahora á lo que infiero
quién teme mas de los dos?

Vuestra traicion tengo aquí;
deponed pues la arrogancia,
que no es tanta la distancia
que hay de una princesa á mí.

Princesa. Y qué intenta proponer?

Diego. Que Ricardo su perdon
obtenga, y la condicion
de que otra vez el poder
ocupe el conde.

Princesa. (*Con intencion.*) No es mucho.

Diego. Por supuesto; que si entrego
esta caja al conde, y luego
el rey la viera...

Princesa. (Qué escucho!)

Diego. Ambas cosas conseguir
puedo, y de vos me vengára
si un alma ruin abrigára;
ya veis si es mucho pedir.
Así, que accedais espero,

- porque ya habreis conocido
que aunque plebeyo he nacido
sé obrar como caballero.
- Princesa.* Bien! palabra os doy de hacer...
(Luego veremos.) Ahora
dadme la caja.
- Diego.* Señora ,
perdonad , no puede ser.
- Princesa.* Dudareis?...
- Diego.* Ofensa tal
haceros! Libreme Dios!
pero que la entregue á vos
hora ó despues es igual.
Por eso la guardaré,
y cuando á uno libre vea,
y otro presidente sea
del consejo, os la daré.
Vamos: un papel tomad,
y al capitan escribid.
- Princesa.* (No hay otro medio.)
- Diego.* Decid
que le ponga en libertad.
Yo mismo iré á la prision,
y en tanto al rey podeis ver,
y uno subirá al poder,
y otro alcanzará el perdon.
- Princesa.* (Es lo mejor.) Tomad, Diego,
(*Despues de haber escrito se lo entrega.*)
y no os quejareis de mí.
- Diego.* Gracias, señora. (*Lée.*)
- Princesa.* (Ay de ti!)
- Diego.* Corro pues, y vuelvo luego.
(Si me arma alguna celada...
andaré con tiento yo.)
La guerra es leal?
- Princesa.* (*Con intencion.*) Pues no?
Os juro... (quedar vengada.)
- Diego.* Por lo que convenir pueda
os digo obraré lealmente;
pero á quien venderme intente
pagaré en igual moneda.
(*Vase por la puerta secreta.*)

ESCENA III.

LA PRINCESA. GARCÉS.

Princesa. Garcés?*Garcés.* Qué mandais, señora? (*Saliendo.*)*Princesa.* Me puedo fiar de tí?*Garcés.* Lo dudais?*Princesa.* No; me has servido lealmente.*Garcés.* Y sabré morir por defenderos.*Princesa.* Lo creo.*Garcés.* Podeis disponer de mi.*Princesa.* Pues oye: por esa puerta de aquí acaba de salir un hombre, ya le conoces; el aragonés.*Garcés.* Ah! sí.

El que busqué de orden vuestra?

Princesa. El mismo. Al punto has de ir á ver al capitán Perez, y la orden que ahora dí al aragonés, le dices que ha sido solo un ardid, que se apodere de ese hombre y una caja de marfil que acaba de arrebatarme, y una llave... la de allí, que lleva consigo, espero me traigas veloz.*Garcés.* Decís

que lo prenda?

Princesa. Y que ninguno hable con él.*Garcés.* Lo haré así.*Princesa.* Para no infundir sospechas, procura, Garcés, salir sin ser visto, y á la vuelta puedes entrar por aquí.*(Señalando la secreta.)*

Ya sabes... como otras veces...

Garcés. Corre pues.
Voy. (*Vase.*)

ESCENA IV.

LA PRINCESA.

Infeliz!
Tenderme una red querias
creyendo, pobre reptil,
que me enredáran sus hilos...
son débiles para mí.
Pues mi enojo provocaste
terrible le has de sufrir,
y ahora verás la distancia
que hay de una princesa á tí!

ESCENA V.

LA PRINCESA. JORGE.

Jorge. El señor embajador.
Princesa. Que entre.
(*Vase Jorge.*)
(Me importa encubrir
lo que acaba de pasar.
Para un engaño un ardid.)

ESCENA VI.

LA PRINCESA. EL EMBAJADOR.

Princesa. Oh, señor embajador!
cuánto celebro...
Embaj. Os admiro
mas cada dia, princesa:
hombres de Estado aun no he visto
que á vos puedan igualarse.
Princesa. Sois muy galante y muy fino
con las damas.
Embaj. La verdad
con toda franqueza os digo.
Porque tan hábil conducta

confieso me ha sorprendido.
 Cuando salí de la cámara
 del rey don Felipe quinto,
 como le hallé en sostener
 al conde tan decidido,
 hasta perdí la esperanza
 de alcanzar nuestros designios.
 Calculad despues, señora,
 cuál mi sorpresa habrá sido
 al ver que vuestro talento
 al fin logró conseguirlo,
 porque exonerado el conde...

Princesa. Pues me ha costado infinito,
 que ama el rey á Montellano
 por juzgarle el mas activo
 y fiel de sus consejeros
 del bien de España solícito,
 y se oponia constante
 á hacer ese sacrificio;
 pero le insté vivamente
 y á mis ruegos ha accedido.

Embaj. Las instrucciones que ayer
 de mi corte he recibido
 me ordenaban trabajase
 de acuerdo con vos...

Princesa. Concibo.
 Para separar del lado
 del rey al conde?

Embaj. Eso mismo.

Princesa. Iguales las recibí,
 y ya la hemos complacido;
 que era el conde Montellano
 un poderoso enemigo.
 Los intereses de Francia
 y de Inglaterra, es preciso
 ser justos, sacrificaba
 á los de España; ha nacido
 en ella, y no me sorprende
 que él sea, fuerza es decirlo,
 buen español sobre todo;
 si mi patria hubiera sido
 del mismo modo obraria;

:

pero tienen poco tino
 las naciones que á estrangeros
 encomiendan sus destinos.

Embaj. Decís muy bien. Mas teneis
 en el que le ha sucedido,
 don Pedro Colon, entera
 confianza?

Princesa. Si confío?

Me lo debe todo: nunca
 tan alto hubiera subido
 sin mi proteccion.

Embaj. Es cierto;
 pero como ha defendido
 tantas opiniones, dudo
 que ahora...

Princesa. Ved el motivo
 por el cual mas confianza
 me merece.

Embaj. No adivino...

Princesa. Pues es fácil. Si Colon
 á diferentes partidos
 perteneci6, devorado
 por ambicion torpe lo hizo;
 ahora bien, lo que anhelaba
 con mi apoyo ha conseguido,
 y me será fiel, acaso
 no de gratitud movido,
 sino por necesidad,
 que hace mayores prodigios,
 pues no hay partido que quiera
 en sus filas admitirlo.

Embaj. Un instrumento en extremo
 útil habeis elegido,
 que un hombre así, ciertamente
 de mucho puede servirnos,
 y despues se le desecha
 cual mueble inútil.

Princesa. Magnifico!

Qué español á no ser él
 se hubiera prostituido
 hasta el punto de vender
 á la Francia sus servicios

Embaj. en daño y mengua de España?
 Juzgo, señora, lo mismo.
 A fé que si nos contáramos
 con la corrupcion y vicios
 de Españoles, cual Colon,
 no hubiera Francia adquirido
 en los negocios de España
 tanto influjo y poderío.

ESCENA VII.

DICHOS. JORGE.

Princesa. Quién...
Jorge. El señor presidente
 del consejo.

Princesa. Que entre. Vino
 (*Se retira Jorge.*)
 en ocasion oportuna.
 Si oir hubiera podido
 nuestro elogio, embajador,
 se divierte de lo lindo.

ESCENA VIII.

DICHOS. COLON.

Princesa. Hablando de vos estábamos.
Colon. Era honrar en demasía
 mi humildad.

Princesa. Oh! nada de eso;
 os hemos hecho justicia. (*Con intencion.*)

Embaj. Es verdad. Me ha complacido
 en extremo la noticia
 de haber atendido el rey
 al mérito que en vos brilla
 al nombraros presidente
 del consejo de Castilla.

Colon. Os aseguro que en Francia
 tendreis vivas simpatias.
 Servir al gran Luis catorce,
 que tanto se sacrifica
 por mi patria, será siempre
 mi mayor gloria y mi dicha.

Embaj. (Será nuestro.) (*Bajo á la Princesa.*)
Gracias os doy.

Princesa. (Oh! Cuando yo os lo decia!)

Colon. Morirá el preso mañana.
Salvarle quiso la vida
Montellano; pero ya
he tomado mis medidas...

Princesa. (Si vuelve Garcés...) Señores,
en otro salon reunida
la sociedad que á estas horas
favorecerme se digna...
si quereis...

Embaj. En complaceros
fundo mi gloria.

Colon. Y la mia.

Princesa. Sois muy galantes. Pues vamos.
(Y yo volveré en seguida.)

ESCENA IX.

MARÍA.

Por qué fatal pensamiento
te miro do quier presente,
y de mi agitada mente
no te apartas ni un momento!
De mi dolor alimento,
te gozas en mi dolor
con tan bárbaro rigor,
que me haces el bien soñar
para ver al despertar
del mal la imágen mayor.
Bellas esperanzas mias
que encanto del alma fueron,
cuán presto se convirtieron
en realidades sombrías!
dó volaron ¡ay! los dias
para mí tan seductores,
cuando de dulces amores
gocé la apacible calma,
sin envenenar el alma
la hiel de amargos dolores!

Solo ilusiones han sido ,
 ilusiones nada mas ,
 que no han de volver jamás ,
 que para siempre he perdido .
 En humo se han convertido ;
 eran viento , y no lo estraño ,
 pues me lancé por mi daño
 de la esperanza en el mar
 para hacerme naufragar
 las olas del desengaño .
 Mañana el sol que alegría
 por todo el orbe derrama ,
 con su abrasadora llama
 saldrá á alumbrar mi agonía .
 Por qué la noche sombría
 no es eterna ! Cielo santo !
 No voleis , no voleis tanto ,
 tristes horas , si al nacer
 el alba hermosa he de ver
 morir al que adoro tanto !

ESCENA X.

LA PRINCESA. MARÍA.

Maria. (Mi tia!...)

Princesa. Tan retirada
 y en triste llanto bañada
 te hallo aquí?

Maria. No os cause , señora , enojos
 que viertan llanto mis ojos ,
 si perdi
 la esperanza encantadora
 que de mi vida en la aurora
 yo soñé :
 perdonad si á mi despecho
 la pena que oprime al pecho
 revelé .

Princesa. Loca estás en demasia .
 Alimentas todavía
 tal pasion ?

Maria. Apagarla he pretendido ,

y mas se enciende en mi herido
corazon.

Me preguntais si aun le amo?
Las lágrimas que derramo
lo dirán.

Pues cuando mi amor le mata
no debo ocultar ingrata
tanto afan.

Princesa. Y confiesas...

Maria. No lo niego.

Porque me alimenta el fuego
de su amor.

Si habeis amado, señora,
podeis comprender ahora
mi dolor.

Mañana la suerte avara
para siempre nos separa...

Por piedad!

Mañana! Terrible dia!

Ved que su alma es de la mia
la mitad!

Perdonadle, no inhumana
querais que muera mañana
yo tambien.

Princesa. Y te atreves de esa suerte?...

Maria. Pudiera mirar su muerte
con desden?

Princesa. Ha merecido mi encono,
y nunca, María, abono
la traicion.

Maria. Qué decís? Me lo negais?
así mi alma desgarrais?

Compasion!

Princesa. Que ahora me dejes te ruego.

Maria. Mas su perdon...

Princesa. Veré luego...

(Suenan dos golpecitos en la puerta secreta.)

(Vino ya.)

Déjame sola.

Maria. *(Qué he oido!)*

Confio en vos. *(Ese ruido*

qué será?) *(Vase.)*

ESCENA XI.

LA PRINCESA.

Mucho en volver ha tardado
 mi escudero. Al fin triunfé;
 vengarme, Diego, sabré...
 Infeliz! Cuál te he burlado!
 (Se dirige á abrir la puerta secreta.)

ESCENA XII.

LA PRINCESA. DIEGO.

Princesa. Cielos! Mendoza!... (*Asombrada.*)

Diego. (*Con calma.*) Pues... yo.

Princesa. Es ilusion!

Diego. Qué decís?

No me veis y no me oís?

Presto me desconoció!

Princesa. Dudando estoy...

Diego. Bah! Señora,

no os cause sorpresa alguna,
 porque esto es que la fortuna
 os vuelve la espalda ahora.

Princesa. No adivino...

Diego. No entendeis?

Pues os lo voy á explicar.
 Pensabais ver á otro entrar,
 y á mí en su lugar me veís.

Princesa. Que aguardaba á un hombre?

Diego. Sí.

Princesa. Pero ese hombre érais vos.

Diego. Yo?

Princesa. Habeis olvidado...

Diego. No;

y por eso os hablo así.

Princesa. Me ofende vuestro lenguaje
 sin comprender su sentido.

Diego. Aun no le habeis comprendido,

y ya lo tomáis á ultraje?

Vaya! es buena la manía!

Princesa. Pero en fin... no me direis...
Diego. Si en vez del otro me veis
 es claro...

Princesa. (Gran Dios! Sabria...)

Diego. Que todo, todo lo oí.
 Os conozco demasiado,
 y verme por vos burládo
 con harta razon temí.
 Por eso estuve detrás
 de esa puerta, y escuché
 (Señalando la secreta.)
 cuanto hablásteis.

Princesa. Capaz fué... (*Indignada.*)

Diego. Si lo fui? De mucho mas!
 (*Con calma irónica.*)

Era noble mi intencion
 y leal en demasia,
 pero vos ¡por vida mia!
 ibais á hacerme traicion.
 Cuando os tuve en mi poder
 con vos generoso fuí;
 pero la espalda volví,
 y me quisisteis prender.
 Eso no; que necio fuera
 si por mas tiempo fiára
 de la que una vez faltára
 á lo que me prometiera.

Princesa. Y bien... qué habeis hecho?

Diego.

Qué?

Lo que basta segun creo
 para que vuestro deseo
 no se logre. Os lo diré;
 vuestro aviso no llegó.

Princesa. Garcés me habrá obedecido.

Diego. Si hacerlo hubiera podido
 tal vez... mas... lo impedí yo.

Princesa. (*Con desden.*)

Vos?

Diego. Yo mismo.

Princesa. Loco estais.

Diego. No, sino muy cuerdo, á fé.
 Cuando lo sepais veré
 si tan loco me juzgais.

Los que conmigo vinieron
y en la calle se quedaron ,
de Garcés se apoderaron ,
y así que fuera impidieron .

Princesa. Según eso , en libertad
pusisteis al preso ?

Diego. No ;
si no vi al capitán yo .

Princesa. Qué habeis dicho ?

Diego. La verdad .

Pero vuestra la caja es ,
y así tomadla .

Princesa. Ah !

(*Con alegría tomándola.*)

Diego. (Vacía.)

Princesa. (Santo Dios !) No contenia
las cartas ? Dónde están pues ?
Devolvédmelas veloz .

Diego. No me es dado aunque quisiera .

Princesa. Pronto ; ó de mi saña fiera
temed la venganza atroz .

Diego. Intimidarme pensais
con amenazas á mí ?
Nunca el peligro temi ,
y así el tiempo no perdais .

Porque todo será en vano ,
y si las cartas quereis ,
ir á pedir las podeis
al conde de Montellano .

Princesa. Luego en su poder están ?

Diego. Cierto .

Princesa. Tanta villanía ! ...

Diego. Vuestra es la culpa , y no mia ,
si no he visto al capitán .

Princesa. Como villano violó
una solemne promesa .

Diego. Si á ella faltó una princesa ,
qué extraño es faltase yo ?
Pues no he hecho mas que seguir
vuestro ejemplo , y he cumplido
todo cuanto he prometido .
Ved lo que os dije al salir .

- «Por lo que convenir pueda ,
os digo obraré lealmente ;
pero á quien venderme intente
pagaré en igual moneda.»
Y la paga fué puntual...
Vos perderme habeis querido ,
y perderos he sabido...
os pagué en moneda igual...
Princesa. Bien está: disponte ahora
á sufrir mi justo encono.
Diego. Bah! la cólera os perdono ,
porque sois una señora.
No por vuestra ilustre cuna ,
os respeto por mujer ,
que es torpe accion á mi ver
insultar á dama alguna.
Y aunque plebeyo nací ,
del decoro y del honor
las leyes , mucho mejor
que el cortesano aprendí.
Princesa. Se agota mi sufrimiento.
Pero llega felizmente
del consejo el presidente
y Amelot.
Diego. Pues no lo siento !

ESCENA XIII.

DICHOS. COLON. EL EMBAJADOR.

- Embaj.* A despedirme venia ;
pero si ocupada estais...
Princesa. A buena ocasion llegais ,
porque llamaros queria.
Embaj. Pues qué ocurre ?
Princesa. Ese traidor
unas cartas me ha robado
que á Montellano ha entregado.
Eran de Francia.
(Bajo á Colon y al embajador.)
Colon. (Qué horror !)
Princesa. En tal caso cómo obrar ? (Idem.)

vuestro parecer os pido.
Embaj. Ese hombre me ha conocido ; (*Idem.*)
 nada os puedo aconsejar.
 Señora , en asuntos tales (*Alto.*)
 no deben mezclarse estraños.
 (*Hace una cortesía. Vase.*)

ESCENA XIV.

DICHOS , *menos* EL EMBAJADOR.

Princesa. (Se fué... cuántos desengaños!
 Todos á este son iguales.)
Diego. La del capitan Araña
 hizo el francés : escelente !
 Y es posible que esta gente
 domine á la pobre España !
Colon. No temais : qué pensamiento ! (*Bajo.*)
 Nos salvamos todavía.
Princesa. Y cuál es ? fácil sería... (*Idem.*)
Colon. Prender al conde al momento.
 Ver al rey no habrá podido
 aun...
Princesa. Ah ! pronto... firmad
 la órden. (*Le dá un papel , y Colon escribe.*)
Colon. Ya está. Tomad.
Princesa. Jorge ? (*Llamando.—Sale Jorge.*)
Jorge. Señora ?
Diego. (Qué he oido !)
Princesa. Al capitan le direis
 prenda al conde Montellano.

ESCENA XV.

DICHOS. MONTELLANO.

Mont. Señores , no os molesteis.
Colon. El conde !
Princesa. Dios soberano !
Mont. Aquí prenderme podeis ;
 pero antes pidiros quiero
 que este decreto leais. (*Le dá un pliego.*)

- Colon.* (*Despues de haber leído.*)
Dejé de ser consejero!
- Diego.* Quedó convertido en cero.
- Princesa.* Cielos!
- Mont.* Y este... si os dignais... (*Otro pliego.*)
- Colon.* Del consejo nuevamente (*Idem.*)
le dá el rey la presidencia.
- Princesa.* Cómo! Al conde?
- Mont.* Cabalmente.
El alma mucho lo siente
por ser sin vuestra licencia.
Como no estábais allí
no pudo el rey consultaros.
- Princesa.* Bien, conde, sabeis vengaros!
- Mont.* Pues si de vos lo aprendi!
Mas un consuelo he de daros.

ESCENA XVI.

DICHOS. MARÍA, que oye los últimos versos.

- Mont.* Sé lo que á la Francia amais,
y privaros no he querido
del placer de que volvais
al suelo en que habeis nacido.
- Princesa.* Me destierra?
- María.* Ah!
- Mont.* Lo dudais?
(*Mostrándole un pliego.*)
- Princesa.* Oh!
- Mont.* Tambien, Colon, yo siento
que hayais perdido el poder
tan pronto. Cómo ha de ser?
El rey no ha sabido hacer
justicia á vuestro talento.
Pero supo perdonar
á un enemigo. Hélo aquí.

ESCENA XVII.

DICHOS. RICARDO.

- María.* Ricardo!

Ricardo. Señora , fui (*A la princesa.*)
 causa de vuestro pesar ,
 pero la patria...

Princesa. (Ay de mí!)
 Os concedo mi perdón.

(*Uniendo la mano de María con la de Ricardo.*)

Voy á partir sin tardanza.
 (De realizar mi ambicion
 no perderé la esperanza
 mientras lata el corazon.)

ESCENA XVIII.

DICHOS, *menos LA PRINCESA.*

Colon. (*Bájo á Diego.*)

Oh! la ambicion la ha perdido.

Diego. (*Con ironía.*)

Distinto pensais de ayer.

Colon. Siempre consecuente he sido.

Diego. Sí; vendisteis á un partido ,
 y hoy vendeis á una mujer.

Ricardo. (*A Montellano.*)

Os doy las gracias, señor.

Mont. No á mí, que exige en conciencia
 del gobierno la alta ciencia
 con los rebeldes rigor ,
 con los vencidos clemencia.

Ricardo. Seguí del Austria el pendon
 odiando al francés aleve.

Mont. A estraños una nacion
 su independencia no debe ,
 sino á su valor y union.

Y es el mal de los mayores
 llamar á los estrangeros
 á ser sus libertadores ,
 pues si vencen , altaneros
 se convierten en señores.

Diego. Ahora me toca á mí.

Y los fueros?

Mont. Ya veremos...

Diego. Es que si no... os defendi

hoy , mas nos combatirémos ,
como honrados , eso sí.

Vuestro proceder al menos
me obliga á confiar en vos ,
si los negais... Voto á brios !
que si hacen esto los buenos
ya no he de creer mas que en Dios.

No seré yo , conde , quien
dude querais los destinos
de España elevar tambien ,
que puede buscarse el bien
por diferentes caminos.

Mas defienda cada cual
con nobleza su opinion ,
no haya traidor , ni leal ,
sea la justicia igual
y así habrá paz y union.

Y si otra vez gente estraña
intenta de cualquier modo
dominar la pobre España ,
seamos sin mútua saña

ESPAÑOLES SOBRE TODO.

FIN DEL DRAMA.

